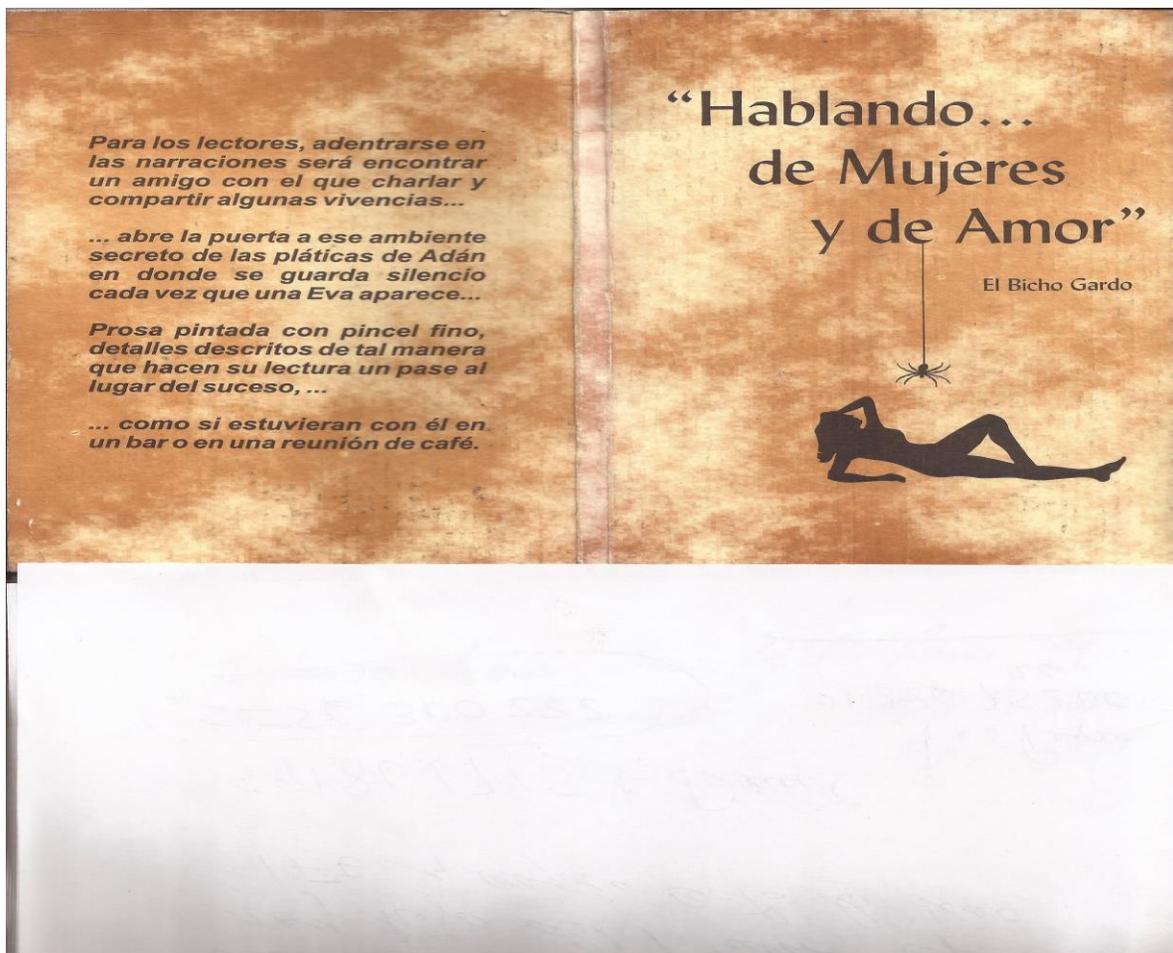


# **“ Hablando de mujeres y de amor “**



***“ Hablando...  
de mujeres  
y de amor “***

**El Bicho Gardo.**

Hablando de Mujeres y de Amor

INDAUTOR No. 03-2000-090811583600-14

© D.R. Edgardo Argáez Valencia

© D.R. 2001, Ediciones La Luna

Calle Luna No.230 El Retiro

37220 León, Gto. México

Impreso en México

# INDICE

Prólogo

1.- Obsesión.

2.- La sangre y el sol.

3.- Marcelita.

4.- El proveedor.

5.- La Reina del Carnaval.

6.- La discoteca.

7.- La mano.

A B e l j j e n .

Los sueños y la realidad  
son la vida.

# Prólogo

Prólogo

En ocasiones, los hombres hablan de mujeres y de amor, cuentan anécdotas, experiencias vividas en este mundo o en la fantasía. Leer los cuentos de Edgardo Argáez, es como estar sentada invisible, escuchando una plática masculina acerca del mundo femenino y las relaciones de éste con el de ellos.

Para los lectores, adentrarse en las narraciones será encontrar un amigo con el que charlar y compartir algunas vivencias comunes, quizá también para soñar juntos: a nosotras las mujeres, nos abre la puerta a ese ambiente secreto de las pláticas de Adán en donde se guarda silencio cada vez que una Eva aparece.

Prosa pintada con pincel fino, detalles descritos de tal manera que hacen de su lectura un pase al lugar del suceso, el Bicho Gardo, como el autor se aut nombra, nos transporta a la atmósfera de la selva y hace que sintamos la humedad, el calor y hasta los mosquitos, pero también somos testigos de hechos amorosos en alcobas llenas de sutil erotismo y hasta de centros nocturnos muy a lo latinoamericano. Los relatos pueden haber sucedido en cualquier parte del trópico, no sin llevarnos a pensar repetidamente en sitios petroleros, dada la formación del autor.

Argáez pretende rescatar la adjetivación, con el fin de darnos un acercamiento cinematográfico del ambiente. Para él, las escenas deben ser poemas; una comunicación en la que cada objeto es un código de un mensaje en el que se interpreta el mundo. Podríamos llamarle un romántico moderno.

Los personajes están vivos y reflexionan frecuentemente, por lo que podemos estar con ellos o aborrecerlos si así deseamos, los escritos no son moralistas, se plantean situaciones reales o imaginarias con el fin de despertar una lectura activa en la que al final, usted tenga la palabra, el trabajo del escritor ha sido presentarle el problema del que se desprenden los comentarios.

La variedad de asuntos es mucha, pero el tema siempre es esa óptica muy característica de Argáez, sobre la mujer vista a través del lente masculino, tan interesante para todos. Existen adorables mujeres apasionadas, manolas andaluzas, mujeres inconformes con su destino, ávidas de afecto y de sexo, princesas y hasta alguna atrevida aventurera... pero una constante las define, la relación amorosa siempre está presente.

Imposible, analizar en este texto cada uno de los cuentos, mejor es que usted, lector o lectora conversen un poco con el autor y gocen de la palabra de un amigo, como si estuvieran con él en un bar o en una reunión de café.

Luz de Lourdes Prado.

# Obsesión

# Obsesión

**E**l momento era tenso, el corazón se hacía sentir con una fuerza extraordinaria. En lugar de latidos, se sentían verdaderos golpes de una bomba de émbolo impactando las sienes, golpeando los tímpanos de los oídos, cual cuero de tambor batido por las baquetas con desprecio y severidad, de tal manera que pareciera, por momentos, no resistir a tal percusión. << trum..., trum..., trum..., trum...>> La cabeza comenzaba a doler, debido a ese estado de excitación alcanzado, como consecuencia de la reunión con aquella mujer, que apenas ayer me había localizado por teléfono, sacándome de la conferencia en que me encontraba y me había pedido vehementemente que la escuchara y ayudara, porque según dijo, *“únicamente tú, puedes ayudarme”*.

Situado frente a una ventana del segundo piso de aquella oficina, con esos cristales modernos que tienen un recubrimiento especial que proporciona desde afuera un efecto de espejo y por dentro, a veces, da oportunidad de observar los colores del exterior con más viveza, pero, colocado el observador en posición ligeramente diagonal, se puede distinguir tanto el exterior como el interior, por medio de un suave reflejo. Así de esa manera podía observar sus movimientos sin que ella se diera cuenta directamente de mi intención. Sentada con el cuerpo ligeramente encorvado sobre sí misma, en posición de emplear todo el tiempo que fuera necesario esperar..., con las piernas cruzadas y enfundadas en un entallado pantalón de satín negro, combinado llamativamente con una blusa de seda dorada transparente, la que de manera provocadora permite mostrar un corpiño del mismo color, haciendo lucir muy atractiva a esa joven hembra de negra cabellera, quien, antes de ser una gran belleza, sabe mezclar hábilmente los ingredientes de su figura, con el agridulce sabor de su agresividad provocadora.

Rodeada de su hábitat laboral cotidiano, aquella oficina repleta de computadoras y equipos electrónicos de lo más avanzado en tecnología satelital, cuya principal función es mantener fluida la comunicación de datos, el procesamiento estadístico de la información estratégica y la evaluación del comportamiento de las diversas instalaciones y áreas que integran el principal centro de producción petrolero en el centro del país, donde ella como jefa de ese departamento, se desenvuelve eficazmente. Los ordenadores electrónicos, distribuidos en una larga mesa que circunda el espacio rectangular de dicha sala, contrastan con el piso de mármol de vetas grises, perfectamente pulido y encerado, lo que permite observar el reflejo de los equipos y la soledad de un sábado lluvioso por la tarde. Curioso e interesante espectáculo acompañaba ese grave momento, al observar varios monitores presentando pantallas multicolores de gráficas, diagramas de barras, círculos segmentados y las llamativas hileras de numerales que al ritmo de una música cibernética, no audible pero identificable, brincan y cambian súbitamente presentando un baile de información, semejante al efluvio de comunicación que

en ese momento, mi pobre cerebro, congestionado por la hipertensión provocada por esa mujer, trata de procesar y asimilar el hostigamiento incisivo al que me tiene sujeto.

Mi mente no dejaba de pensar, que sólo tres días habían pasado desde aquella mañana, cuando recibí ese misterioso telefonazo en mi casa.

- Ingeniero, usted no me conoce pero tengo algo muy importante que tratarle. No sé si me recuerde, pero, hace unos días en un restaurante, se nos presentó un problemilla y aún sin conocernos usted intervino resolviéndolo.
- No creo que fuera importante, dejémoslo como está.
- Por favor, permítame agradecerle y aprovechar la oportunidad de tratarle algo interesante. Prometo no quitarle mucho tiempo.
- No es necesario, cualquiera hubiera hecho lo mismo; pero, por otra parte, ¿qué quiere usted comentar?
- Digamos que se trata de un lote de materiales y equipos industriales como las que su empresa utiliza en sus obras. Nuestra empresa está por cerrar definitivamente y es una buena oportunidad, de manera que de alguna forma podremos regresar el favor.
- Está bien, ¿dónde nos vemos y a qué hora será adecuado?
- Si le parece correcto ahora mismo; y yo paso por usted, no necesita darme la dirección, conozco su casa.
- De acuerdo, contesté... — me quedé pensando quién sería él, que conocía mi número telefónico y la dirección de la casa... Se escuchó el tono largo, lo que me indicó que la comunicación había terminado. << Debería tener cuidado >> pensé.

No tardó mucho en arribar a la casa. Con rapidez bajó del auto, un caribe azul; presionó el botón del timbre del “interfón” y me saludó con familiaridad, como si tuviéramos mucho tiempo de conocernos. Cuando salí de la casa, abrió la puerta del automóvil, me invitó a subir y con naturalidad también él abordó y puso en marcha el vehículo.

- ¿A dónde vamos? — comenté —. Podemos ir al restaurante Casablanca a tomar un café y ahí platicar.
- Mire ingeniero, soy Carlos Rodríguez, esposo de Miriam Mirlo, ingeniera que trabajó bajo sus órdenes en la refinería petrolera hace tiempo. Mejor platicamos en mi casa que está cerca de aquí, a sólo unas cuantas cuerdas de distancia.
- Está bien. — Contesté y me quedé callado, cada vez más intrigado, pero siempre a la defensiva.
- Yo sé que usted es una buena persona, Miriam siempre se expresa muy bien de usted...

Detuvo el auto enfrente de la casa, abrió la puerta y nos dirigimos a la sala. El arreglo de la decoración no llamó mi atención, ya que era como cualquiera; una casa de jóvenes que inician un hogar, sin un gusto determinado. Tomando asiento en un mullido sillón, esperé pacientemente mientras Carlos reapareció, con un montón de papeles desordenados bajo el brazo, que alguna vez, fueron hojas

continuas con franjas verdes y blancas de alguna impresora de computadora. Sentándose enfrente de mí, con voz adusta y pausada, continuó su plática.

—Está mal que lo diga pero yo quiero mucho a Miriam, por ella haría lo que fuera... y le comento que ahora estoy muy preocupado. Cada vez está más ausente, ensimismada, sólo pensando; casi no habla y come cada vez menos.

Dejó exhalar un suspiro y pasando la mano en la nariz, continuó.

— Como ella lo tiene en un muy buen concepto, ya que siempre ha recibido ayuda de usted y además le tiene confianza, por eso me atrevo a platicarle, que no se encuentra bien... Mire, — extendiendo la mano me acercó uno de los papeles de computadora, medio arrugado, con una esquina doblada y escrito por el reverso. Presentaba algo que parecía ser un mensaje o un memorándum informal —, léalo por favor.

Rápidamente leí casi entre líneas, tratando de terminar toda esta situación que había empezado a fastidiarme, pero..., asombroso..., no lo podía creer..., no podía ser..., no sabía que pensar..., estupefacto comencé a releerlo lentamente para no caer en una imprecisión o en un error de lectura, marcando cada palabra para que mi mente lo asimilara... *“Miriam, el otro día te estuve observando en tu privado, tenías la puerta abierta y tuve una imagen completa de ti; tu falda corta permitía mostrar tus muslos morenos y al cruzar tus piernas, pude observar algo más del bello cuerpo que tienes. Tres veces pasaste junto a mí sin siquiera voltear, pero me provocaste. No veo el momento de tenerte, de hacerte el amor. Te deseo. Enrique Arroba”.*

Con el rostro encendido y la respiración entrecortada, no atinaba ni siquiera a balbucear. ¡Era yo quién firmaba!..., ¡era yo, quién aparentemente había escrito!... ¡Pero no era cierto, yo no lo hice! De pronto, algo dentro de mi mente funcionó: ¿Cómo responderá Carlos?, el misterio de la cita de pronto se estaba revelando: me va a “embroncar”, tengo que defenderme de algo que no hice. Rápidamente levanté la cara del papel y busqué las manos de Carlos, para intentar saber qué pretendería hacer. ¿Los puños?, ¿alguna arma?, súbitamente me levanté y a la defensiva hablé:

— ¡No soy él! ¡Yo no lo escribí! ¡Sí!, ¡es mi nombre, pero yo no lo escribí!, yo siempre la he ayudado porque me ha parecido que es una profesional brillante, un poco insegura, pero si uno le da seguridad, es capaz de aceptar cualquier reto.— Detuve el parloteo por un momento, sentí que el sudor comenzaba a correr por debajo del cabello de mi cabeza. Seguro que mi cara estaría colorada; sin embargo continué —. ¡Sí!, le otorgué ascensos y siempre le di consejos; hablé en favor de ella y mandé gente de experiencia que la apoyara en los momentos difíciles; la protegí en algunos casos, promoviendo el cambio a otros departamentos. Era una de las primeras dos mujeres ingenieras que estaban comenzando a desempeñar puestos de producción, los que siempre estuvieron etiquetados “sólo para hombres”. Pero todo fue sin interés personal alguno en ella. No porque no sea atractiva y joven, simplemente porque el trato fue siempre profesional. De verdad Carlos. Así fue.

- No se preocupe ingeniero..., yo lo sé... Ella los escribió. Así como estos, algunos otros y muchos más; son más de trescientos mensajes, cartas y poemas. Fíjese... algunos los colocaba en un sobre, los timbraba y enviaba por correo a su propio nombre, a casa de su mamá que está en la ciudad de Puebla; o también en forma contraria, de allá hacia esta casa... ¿Sabe qué? ¡Está enamorada de usted..., terriblemente muy enamorada!
- Pero eso mismo, no es correcto, no es una relación sana.
- Lo sé ingeniero, pero no alcanzo a comprender cómo proceder. Hace una semana, cuando regresábamos de Puebla en la carretera, ella venía muy triste, muy apesadumbrada, abatida. Como usted ya lo sabe, la quiero mucho y le pregunté qué podría hacer por ella; le pedí que se abriera conmigo, que me dijera qué quería; yo comprendería sin enojos y pasiones lo que me dijera. ¿Y sabe qué pasó?: se le iluminaron los ojos, se le llenaron de lágrimas y quedamente me dijo: “Habla con él, pídele que me ame”. Y usted comprenderá,...es lo que estoy haciendo... Ingeniero: “Tómela y ámela”.

No sé cuál fue mi reacción, creo que me quedé mudo, no podía creer que su marido me la estuviera ofreciendo.... Le fijé la vista en silencio mientras mi mente, en corto circuito trataba de buscar una salida; luchaba fuertemente entre mi ego de saberse generador de la situación y la racionalización del problema, << ¿cuál es la trampa, por qué del ofrecimiento, qué hay detrás de todo esto, cómo puede dañarme y sobre todo, dañar a mi familia? De pronto en mi mente aparecieron imágenes de una trampa, de “un cuatro” como vulgarmente se dice: película, fotos, periódico, escándalo, etc. >>; pero, por otro lado, no podía dejar de pensar en la imagen desolada de una mujer enamorada y despreciada. ¿De qué manera podría saber, como respondería Carlos a cualquiera de esas posibles alternativas?, a lo mejor, hasta se enoja por despreciarla. Entre todo este barullo de imágenes, por qué no decirlo, también el placer de disfrutar el momento. Pero en caso de aceptarla... ¿podría terminar en algún tiempo esta situación y después deshacerme de ella?

—Por favor, hable con ella, oriéntela. ¿Verdad que sí la va usted a escuchar?

Respirando profundamente e intentando controlar el momento respondí.

—Bueno, por lo pronto, dejemos las cosas como están. No la voy a buscar, pero si se presenta la ocasión, la escucharé.

Realmente lo que quería a estas alturas del problema, era salir corriendo de esa casa, alejarme lo más rápidamente de ese lugar, del problema. Al fin y al cabo pronto saldría de viaje de trabajo por un par de meses y no la vería más. Sin aceptar que Carlos me llevara de vuelta a mi casa, comencé a caminar rápidamente sin intentar siquiera volver la mirada atrás.

A pesar de la excitación, traté de comportarme de la manera más natural el resto del día. No quería dar explicaciones de algo que aún yo mismo no tenía bases de cómo explicármelo; no sabía cómo actuar y sobre todo no alcanzaba a vislumbrar las consecuencias. Es lógico comprender que no fue fácil conciliar el sueño y

sobre todo no sabía si lograría concentrarme en la junta de trabajo a la cuál asistiría el siguiente día fuera de la ciudad.

Las discusiones técnicas, siempre interesantes, me mantuvieron la mente alejada de lo vivido intensamente el día anterior; sin embargo, una inesperada llamada telefónica me sacó de la conferencia.

—Hola ¿quién habla?, pregunté, deseando no tardar en la comunicación y poder regresar a la conferencia.

—Hola, soy Miriam Mirlo, mi esposo me dijo que podía llamarte... ¿Te molesta mi llamada?... quisiera verte para platicar contigo...

—No, no, espera, alguien me está llamando, me requieren en la junta.

Justamente la conferencia había tomado un rumbo en el que mi presencia era importante, ya que el tema a tratar era una de mis especialidades y habían mandado a llamarme para que regresara a la mesa de trabajo. De esta manera, de forma muy presionada, sin alcanzar a medir las palabras y los resultados de las mismas, contesté:

—Sí, escúchame, estoy muy ocupado, no puedo atenderte, discúlpame...

—Espera, espera sólo un momentito, necesito hablar contigo... — la voz se escucho cortada y sollozante —, ¿tal vez mañana?... ¿por favor..., en la tarde está bien? No seas así, no sé qué hacer, ándale por favor..., un ratito..., en mi oficina..., cuando termines tus cosas..., te esperaré lo que sea...

Colgué el teléfono y apresuradamente regresé a la conferencia, pensando si no había sido inadecuado haber aceptado. ...<< En fin faltan días para que regrese, ya veré cómo en su momento me las arreglo>> pensé.

Miriam Mirlo, joven mujer de formación estricta, nacida en el seno de una familia tradicionalista de la ciudad de Puebla de los Ángeles, aquellas que cumplen con todos los requisitos de la iglesia católica, que no permiten desviación alguna de las buenas costumbres, aunque no se modernicen, pero su formación universitaria le permitió ir detrás de sus aspiraciones aún en contra de la voluntad de los hombres de su familia. Estudió, en lugar de dedicarse al hogar, la cocina, la costura y los niños por venir, y para rematar, se le ocurrió estudiar ingeniería para ser aplicada, como dice ella, “directamente en el campo de la producción y no en el gabinete o en las oficinas”. Siempre prefirió participar en el mantenimiento de los tanques, torres de destilación, reactores y equipos de las plantas de proceso, que en los proyectos de diseño y actividades administrativas. A pesar de esa audacia, era una mujer tímida e introvertida; el trato con los obreros lo llevaba a cabo, aunque sufría al tener que enfrentarlos. Las presiones del trabajo cotidiano le afectaban, pero no lo demostraba públicamente para no afectar su imagen y evitar que se dijera: “... *ya ven, las mujeres no pueden desempeñar los trabajos de los hombres...*”. En ocasiones, en algún lugar apartado de la vista de todos, la encontré llorando su rabia para poderse controlar antes de enfrentar algún problema, o en la acción de “roer un trago amargo” posterior a un enfrentamiento

o desaguado con gentes por demás intolerantes. Al inicio de su vida profesional, vestía como cualquier bella mujer, sin embargo por las presiones de trabajo y los requerimientos de seguridad, se le informó que “ya no debería vestir como secretaria, sino que debería hacerlo como profesionista, dentro de las normas de seguridad de las instalaciones”. Le costó trabajo aceptarlo, pero empezó a vestir con la ropa de los hombres que por norma tenía que usar: botas industriales, pantalón y camisa de algodón, casco de seguridad y guantes de cuero. Se tuvo que recortar el cabello o hacerse un “chongo” que cupiera dentro del casco, cortarse las uñas y dejar de usar ropa interior de “nylon” o sintética. Igualmente, en alguna temporada fue necesario trabajar rolando turnos de noche y madrugada como cualquiera otro del sexo opuesto, soportando lluvias, heladas y vientos. Algunas veces, sus compañeros profesionistas, a propósito, ignoraban su presencia al hablar en la forma habitual con palabras pesadas y groseras, las cuales a propósito las “engordaban” aún más para escandalizarla. En ocasiones, también a propósito se le acercaban demasiado, rozando partes de su cuerpo y en otras, abiertamente le acariciaban el trasero. Fueron varias las ocasiones que llegó a mi oficina a platicármelo con todo lujo de detalles; ahora entiendo porque siempre era a “deshoras”, cuando ya no se encontraba gente laborando en la oficina y con el “lujo de detalles”, lo cual era para provocar mi excitación. Situación que nunca me pasó por la mente, ¡qué bruto! Para mí, era solo un profesionista más que requería apoyo para lograr sus metas. En alguna ocasión, uno de mis subalternos de mayor jerarquía que el resto me comentó, “...esa niña está loca, deschavetada..., pero... por tí”. Nunca le presté atención, siempre pensé que trataba de vacilarme, un juego de jovencita. Ahora las cosas han cambiado.

La puerta de la oficina general estaba cerrada, << no está >> dije para mí, dejando escapar un resuello. Tomando el picaporte con la mano, éste giró por encontrarse sin seguro, permitiendo que la puerta se abriera. Justamente hacía unos pocos minutos que había terminado una junta en un lugar cercano de ahí y con paso dudoso me encaminé al lugar fijado por ella para verla: su oficina. Estaba preparado para el enfrentamiento, posiblemente si no hubiera sido el esposo quien hubiera propiciado esto, iría en otro estado de ánimo, no obstante iba a tratar con una agradable y simpática mujer, aunque con una idea fija que ya se apoderó de su espíritu; creo, que por arriba de su voluntad, la cual, supongo, le persigue sin cesar y sin control; que le asedia, le atormenta y la impulsa a actuar de manera independiente de su voluntad, educación y cultura. ¿Y a todo esto, quién soy yo?, una persona frágil como cualquiera, con más experiencia, pero vulnerable también; de hecho, la ropa que escogí, no sé si inconscientemente o cínicamente, me daba la sensación de estar preparado para cualquier cosa que pudiera presentarse. No tenía problema alguno, mi esposa había salido de la ciudad para atender algún asunto importante de los niños, ahora parecía algo no primordial; tendría toda la tarde libre. La lluvia escasa pero persistente, dibujaba un cuadro gris, melancólico, ideal para el amor, no sé por qué, pero siempre me ha parecido que estos días grises, resaltan más el color de los árboles, prados, flores, así como los sentidos y la sensibilidad de las personas. Sin embargo, mientras caminaba, sólo escuchaba las palabras que alguien dijo alguna vez, “Si lo haces, te arrepentirás; si no lo haces..., también te arrepentirás”.

Lentamente, abrí la puerta, inclinándome sobre mi derecha, asomé la cara esperando encontrarme con gente trabajando, a pesar que hace mucho rato debieron haber terminado la jornada, sin embargo recordaba aquella vieja regla de los petroleros, "...se sabe cuál es la hora de entrada, pero nunca la de salida". No había persona alguna en la sala general de computadoras. Cerré con cuidado la puerta e instintivamente coloqué el seguro de la misma, lentamente me dirigí hacia el privado en el interior de la oficina y a primera vista no la encontré. Regresando sobre mis pasos y al girar lentamente sobre mi eje, la descubrí... Ahí, en una esquina alejada, sentada en una silla giratoria para computadora, observando en silencio todos mis movimientos desde que entré.

—Enrique, qué bueno que viniste, ven acércate una silla, ¿qué me cuentas?

—Hola, Miriam, ¿cómo estás? ¿Para qué soy bueno?

Sus labios habían sido recién pintados de un escarlata subido, pareciera que me estaba esperando, << seguro me observó por la ventana cuando llegaba >> pensé. Sus ojos rehuyeron la mirada y se fijaron en alguna veta del piso de mármol. Instintivamente, mi mirada siguió la suya tratando de localizar el mismo punto de fuga. Lentamente fui recorriendo la vista hasta encontrar sus pies, calzados con unas zapatillas de color dorado y de tacón alto, con una correa que abraza sus tobillos. A estas alturas del momento, me encontraba en tal estado de excitación que cualquiera de estos detalles me arrastraban irremediablemente a pensar, que se trataba de algo relacionado connotativamente al sexo, y utilizado por esta mujer, especialmente para encender mi pasión... << Su culto fálico... >>, pensaría.

—Carlos — habló con voz sensual — me comentó que estás interesado en mí, que te acercaste a él y le hablaste abiertamente, diciéndole que quieres amarme, que te atraigo mucho y que no ves el momento en que podamos hacer el amor...

Mi mente a la defensiva súbitamente cuestionó: << ¿Cómo está esto?, ¿qué está pasando?, no es posible, es todo lo contrario, él fue quien lo dijo. ¿Estará llevando a cabo algún tipo de juego? >>.

—¿Estás segura de lo que me dices?, Carlos me planteó otra cosa — respondí azorado.

—Claro, sé que por mucho tiempo me has seguido de cerca, siempre me di cuenta, pero comprende, no podía así nada más hacerte caso... Primero, tus mensajes anónimos y después, tus cartas; pero comprende que debía asegurarme que tus intenciones fueran serias, Carlos ya me convenció. Aquellos días del congreso al que asistimos, cuando usé el vestido largo tipo imperio de color beige. ¿Recuerdas: a donde yo iba, tú, misteriosamente, te hacías el aparecido de imprevisto? Desde entonces supuse que te interesabas en mí, pero ahora que has abierto el corazón y me mandaste decir con mi esposo que quieres hacer el amor conmigo, estoy muy contenta. No quiero que sea algo grosero, espero algo bonito, lleno de amor...

En mi mente se repetía hasta el cansancio: << *no puede ser, esto no me está pasando a mí, ¿quien promovió esto?, ¿su esposo?, ¿qué piensa obtener de todo esto, ¿O es ella?, ¿qué puede pasar si la rechazo, o si la acepto? Temo lo peor. No está bien, a lo mejor... sufra un colapso. Está mintiendo, todo lo tiene en su mente, ¿qué tal si a base de mentiras me levanta una acusación y me genera un escándalo? Existen muchos documentos que a pesar de no ser míos, mal manejados, pueden hacerme mucho daño. ¿Y si lo hace por despecho al sentirse rechazada? Lo sé muy bien, no hay mujer más peligrosa que alguien despechada. ¿Será posible que viva o se encuentre en otra personalidad? No lo sé* >>. Era un devenir total de mi mente: << *Tengo que saber qué hacer, tengo que tomar una decisión* >>.

Tomó mi mano y muy cariñosamente la empezó a acariciar; mis dedos, la palma, el dorso, caricias que fueron creciendo en calor y emoción, casi hasta convertirse en algo frenéticas. Tratando de ganar tiempo, medio correspondí a sus cariños, poniendo mi otra mano sobre sus rodillas, mientras escuchaba que me decía algo así:

- Amor, dime si has pensado bien lo que me has propuesto, dime si has pensado bien qué harás ahora que dejes a tu familia, a tus hijos; quiero ser tu amante, no importa que yo no deje a Carlos, yo siempre seré tu amante, cuando quieras haremos el amor, viviremos extasiados.
- Miriam, todo lo que dices, debes tratar de lograrlo con tu marido...yo siempre te he ayudado, he actuado en tu beneficio, nunca en tu perjuicio...

Levantándome con cuidado para no violentar la situación, me dirigí a la ventana donde pude observar la lluvia en el exterior, los árboles y el césped mojados por esa pertinaz llovizna y el reflejo de Miriam... Sí, de esa mujer que me tenía al borde de no sé qué.

- Él, no me importa. ¿Crees que me remuerde la conciencia hacerle esto? No, se lo merece, es malo, me obliga a hacer cosas que no me gustan, pero, ¿sabes qué? Contigo quiero hacerlas.
- Me voy, tengo otra reunión de trabajo, piénsalo, busca ayuda, apóyate en tu esposo.
- No te vayas, espera... tengo algo para ti.
- No puedo, ya se me hizo tarde, te deseo lo mejor.
- Enrique, te espero el lunes a las siete de la noche en mi casa, te prometo algo especial, quiero ser tu amante, sólo para ti. Te prepararé una cena, usaré el vestido largo que tanto te gusta, te reservo una sorpresa debajo de él, beberemos vino blanco y seré tuya por siempre...

Ya no escuché las últimas palabras..., no sé qué pasará en el futuro... Únicamente recordaba la frase: "Si lo haces, siempre te arrepentirás; si no lo haces, también te arrepentirás...por toda la vida".



# **La sangre y el sol**

## La sangre y el sol

Siempre lo había sabido, las cinco de la tarde, la hora mágica del toreo, que el gran maestro de las letras, García Lorca en un poema había eternizado; sin embargo, a pesar de los años de disfrutar las suertes de la tauromaquia, nunca la sentí. El ambiente pasado de la hora se encontraba, de por sí ya muy cargado. La presión sobre los diestros era máxima. A pesar de sus esfuerzos, aquella tarde no representaba la expectación que la propaganda de la semana había pronosticado; no obstante, sentía que nos esperaba algo insospechado, en este ruedo donde la vida y la muerte tomadas de la mano juegan alegorías, que muchos conocedores las elevan al cielo de las artes, a pesar de la sangre y el valor.

La tarde transcurrió entre olés, abucheos y silbidos. Los seis toros pasaron como el humo de los habanos y los chorrillos del vino de las botas, el sol de otoño lentamente fue transformándose por encima de los blancos arcos de la plaza, cual hostia consagrada sobre un albo tocado nupcial; su gran tamaño, el brillante escarlata de astro ensangrentado nos permite observarlo directamente sin sentir daño alguno en la vista. La gente de sol, la gente brava, aquella para quien la vida es una eterna lidia a muerte por sobrevivir, pero entregada al ídolo, gigante que apenas pocos meses antes pasaba inadvertido entre los empresarios, tratando infructuosamente de lograr un espacio en un cartel, y ahora arranca y rompe corazones de la población. De mala forma le tocó batallar con dos bureles demasiado trabajosos que no le permitieron su lucimiento, por lo que, en un arrebatado de emoción, otorgó un séptimo de regalo, que el público le agradeció. Cómo no habrían de aceptarlo, si estaban contraídos de emoción, esperando lo inimaginable, contenidos en esas más de dos horas de expectación.

El por qué conseguía boletos de la gradería de sol, a mis amigos los intrigaba y era causa de comentarios y regocijo en la cantina, al calor de los chatos de manzanilla y de las copas de brandy, una y otra vez les explicaba mi proceder...

— Miren muchachos, en la sección de sol se encuentran los que verdaderamente saben del toreo, la contraluz permite observar la verdadera distancia del torero a la cornamenta asesina del bravo, además que se encuentra uno alejado de los villamelones, que como ustedes, se esconden en las gradas de sombra, y las manolas, reinas de la fiesta, lucen mejor con el sol en su frente, que les hace brillar los ojos y las mejillas...

Aquella tarde en especial, cerca del lugar donde me encontraba, un agradable grupo de bellas cordobesas disfrutaban del momento. Estaba seguro que era el

grupo que la noche anterior bailó y cantó en el “tablao” del hotel, donde ella, como siempre se distinguió. Cuando me dirigí a la barra, por un momento nuestras miradas se cruzaron y se mantuvieron fijas tratando de dominar la situación, pero dichos ojos azules penetrantes alcanzaron lo más profundo de mi ser..., sin embargo, el tumulto nos impidió acercarnos.

Fue durante el “quite” al “picador” en el tercero de la tarde, cuando me sentí observado, e instintivamente giré la cabeza a la derecha y la descubrí. Ella fingió no verme, pero el sol vespertino mostró sus mejillas coloradas de saberse pillada de momento, en su atención a mi persona. A partir de entonces, nuestras miradas se cruzaron irremediabilmente con cualquier pretexto de emoción.

Al son del pasodoble, saliendo del oscuro túnel de la puerta de toriles, con un gran brinco, saltó al ruedo el astado de más de quinientos kilogramos de peso, de puro nervio y músculo, criado entre las piedras de la ladera del cerro de la hacienda de Santa Margarita, el cual deslumbrado por la claridad, embistió al bulto de blanca brillantez, rodeado por confeti de colores y relampagueante lentejuela que amalgaman el tendido. El torero con mucho valor hincado sobre la arena, lo esperó con el capote en las manos. En apurado “farol” lo giró sobre su cabeza y recibió el embate del bravo toro, provocando el grito de olé y los aplausos del público, mientras la negra bestia continuaba su recorrido siguiendo el redondel. El brinco de emoción de la manola con sus manos arriba aplaudiendo el lance, nuevamente llamó mi atención, que se convirtió en una sonrisa al enfrentar nuevamente su mirada, la cual fue correspondida con un suave movimiento de cabeza, al quitar los rubios cabellos que desfachatadamente caían sobre su cara y que la peineta descaradamente los había dejado escapar.

El matador, como un poste envolviéndose con el capote, en movimiento circular frente a los cuernos asesinos del burel, dio lugar a una bella “chicuelina”, la que nuevamente arrancó la ovación del contenido público, suerte que repitió hasta formar una serie de tres, desgranando las pasiones del graderío, en especial las de sol. La música de la banda, los gritos de la muchedumbre, el rumor de los aplausos y el continuar de la fiesta, fueron tomando un segundo plano en mi ser. No podía dejar de mirarla, aún a contraluz su perfil resaltaba de su palidez de piel. Estoy seguro de que se está dando cuenta que la estoy observando, no de una forma burda, pero al fin de manera insistente, a pesar de hacerlo con sutileza; su piel de hermosa cerámica, muestra pequeñas imperfecciones, posiblemente como resultado de los procesos hormonales de la juventud, que apenas acaba de pasar.

<< No es posible que no te des cuenta que es a ti a quien he estado observando desde hace mucho tiempo..., cada tarde de esta temporada..., cada momento en el bar..., los instantes en el lobby. Más bien creo, que eres muy hábil para disimularlo; el grupo del que te rodeas te limita expresarte tal como eres; sé que en tu interior vibras con emoción, aunque tus ojos azules no fijan tu vista en mí por temor a ser descubierta por los demás. Cada movimiento de tus manos al igual que la cabeza, tienen el motivo premeditado de llamar mi atención; sin duda, el suave movimiento al cambiar de posición tus piernas, es señal inequívoca de

invitación a ser acariciadas. Mientras más tensa te encuentras y más fijas tu vista en algún lugar, a pesar de todo, misteriosamente, siempre me encuentro dentro de tu límite visual; nunca me escapo de tu “rabillo del ojo” y, cuanto más rígida es tu posición, seguro estoy de que, en tu interior, el calor de la pasión hace hervir tu corazón y el pequeño rubor de tus mejillas es un signo, que a pesar de tu control, delata tu intención >>.

El clamor de la faena, el triunfo del torero, la alegría de la música y el gritar de la afición, ahora muy lejos, ya casi lo presiento sólo como un rumor...

<< No lo niegues, quieres vivir las emociones de un amor prohibido, sentir los besos que arden aún después de varios días, la sangre desplazarse por tus venas, el calor de las mejillas al acariciarte lejos de las miradas conocidas, saludarme con un beso apasionado en el interior de un auto en una esquina cualquiera y abrazarme fuertemente con el desfogue de tu pasión. Ocultar esos deseos no es posible, ya no más, ya no dudes, es lo que quieres, la experiencia de un hotel, la emoción de lo ansiado, el temor a ser descubierta, disfrutar una ilusión... >>.

La izquierda con templanza, lentamente la adelanta en la cara de la bestia y en redondo logra un pase, que a la gente alborota y con el ondear de los pañuelos, al unísono todos gritan: ¡torero!, ¡torero!, ¡torero...! A cambio de mano, la muleta en la derecha, suave, suave que la lleva y gira, gira sobre sí mismo, rematando al noble toro, con aquél pase de pecho.

La multitud enardecida no deja de exigir a la autoridad, las orejas y el rabo, mientras los sones andaluces llenan la plaza y embellecen el lugar. Es la fiesta de los domingos que alcanza el arte máximo de la emoción, cuando el torero se perfila con la espada, solo, de frente, ante la cornamenta del astado. Al arranque inesperado del toro bravo, el diestro lo espera y empuja el acero en el morrillo del animal, penetrando en su totalidad hasta la empuñadura, mientras con desesperación la bestia cabecea hacia arriba, al pecho del valiente. Es tal la certeza de la estocada que el toro cae fulminado a los pies del torero, al mismo tiempo que brota a chorros la sangre del hocico de la bestia... y el torero, con la mano en el pecho gira levantando la vista al tendido, la sangre fluye a través de sus dedos manchando su terno, blanco y perla, cual vestido nupcial rasgado por la virginidad herida... ¡Fue alcanzado!... Así con todo, levanta su mano al público en ademán de agradecer los vítores... y cae... también en la arena. Una suave mano en la boca de la hembra, trata de callar la angustia ahogada por la multitud..., las miradas se buscan... Los gritos, llantos y carreras no se hacen esperar; algunos brincan al ruedo, otros tratan de salir hacia las puertas. En el tumulto de los corredores, arrastrados por la masa humana, distingo aterrada a la “maja” de los ojos azules, nuestras miradas se cruzan nuevamente y alargando los brazos, aprisiona mi mano. Así con fuerte jaloneo y grandes esfuerzos nuestro cuerpo se acercaron, de manera que la abracé protegiéndola, como fue costumbre antes de ser robada y arrastrada al matrimonio, por el “monstruo” de la fiesta; mientras

materialmente éramos acarreados en vilo por el caudal desenfrenado de cientos de personas en tropel.

El destino implacable, quita y junta las vidas con crueldad... En tanto el brillo anaranjado del sol de la tarde, refleja en mi cara la mezcla de pasión: amor..., dolor..., arena... La sangre y el sol.

# Marcelita

# Marcelita

**N**o podía ser de otra manera, al pasar por la plazoleta las miradas de los hombres la siguieron, su lento caminar, el ritmo y cadencia, irremediamente los hace voltear a mirarla. Al llegar a la puerta del restaurante, observó su reflejo, ajustó su vestido y pensó: << es una realidad, el espejo no miente, no hay falsa modestia en la imagen, soy una mujer bonita. Desde pequeña sobresalí de mis compañeras. Llamaba la atención a los mayores, no únicamente era mi belleza corporal sino la dulzura al hablar y mi agradable sonrisa que en algunas ocasiones, hasta hoy, termina en una agradable risa que contagia a quien me acompaña. Al principio me sentía apenada por atraer las miradas que en la mayoría de las ocasiones se convertían en algo más que pícaras, pero la fuerza de la costumbre, me hizo no sólo soportarlas, sino que aprendí a provocarlas y manipularlas a mi conveniencia. Así pude, con habilidad y prudencia apetecible, llamar la atención de quien quise, sin brincar nunca el límite de la moralidad, aunque... no sé, nunca hubo alguien que me hiciera perder la cabeza o me importara lo suficiente para enamorarme, no obstante, por qué no decirlo, me seguía una cauda de muchachos como si fuera un brillante cometa >>.

Fue en una fiesta familiar. Aquel muchacho, como pocos, no trató exageradamente de llamar mi atención, simplemente comenzamos a platicar sin algún sentido en especial, pero al poco tiempo, de alguna manera pude percatarme de su inteligencia, de sus conocimientos en cualquier tema que tratáramos. Parecía que de alguna manera, prácticamente todo lo supiera, pero no de forma pesada o pedante, sino que a base de sus preguntas esporádicas pareciera que era yo quien iba descubriendo el tema. En tanto todo esto sucedía, lo observé detenidamente: delgado pero atlético, como los que se dedican con asiduidad al deporte, con fuertes piernas y de bien formadas caderas; cabellera abundante pero recortada y largas patillas triangulares tal como en estos tiempos se usan; pero sin bigote, lo que acomoda adecuadamente sus gruesas pestañas y largas cejas en el marco de su varonil y agradable cara. Al final de la reunión, con cautivadora cortesía caminó a mi lado hasta el vehículo y en el momento de despedirse, al darme la mano, me miró directamente a los ojos y con naturalidad hizo una invitación, de aquellas que son, “a ver si pegan”.

- ¿Podemos salir mañana a tomar una copa y disfrutar la variedad del Hotel Continental? — Sin esperar respuesta continuó...
- Paso por ti a las nueve de la noche. << ¿Por qué no? pensé, no tengo algo más importante por hacer... >>, y contesté al aire...
- Está bien, en casa de mi tía, ahí estaré.

Como un juego había empezado desde mi niñez. Situada frente a una gran espejo me divertía muchísimo al probarme la ropa de mi madre y hermanas mayores, buscaba siempre la manera de formar vestimentas por demás estafalarias. Simulaba turbantes, túnicas, blusones, vestidos de novias, de artistas, en fin, de todo aquello que la imaginación sin límite permitiera. Conforme fui creciendo, estos retozos infantiles fueron transformándose en formas cada vez más atrevidas, utilizando pelucas, maquillajes y prendas íntimas. Invariablemente, no faltaban los giros, el vuelo de las faldas y listones; las poses provocativas, así como las de timidez, tristeza, alegría, rechazo y desencanto, las que sin duda fueron formando parte de mi acervo histriónico, lo que me provocaba un estado de excitación muy agradable, de manera que: el observarme vestir cotidianamente, se convirtió en un ritual frente a esa gran “luna de cristal”... y al colocarme las medias a través del contorno de mis torneados muslos, sutil y lentamente, sin pretender evitarlo, me acaricio las piernas al ir desenrollando el ovillo, que como pequeño nido de aves, guardan amables memorias de historias de amor. Así primero una y después la otra, pero siempre manteniendo en su momento, en cada caso, la punta del pie hacia arriba, simulando una bella imagen de portada de revista americana, complementada con la lencería de encaje blanco, cual pintura barroca sobre la piel de las caderas y de la prisión de mis pequeños pechos, las que dejan después de algún tiempo, las marcas de minúsculos relieves, que en lugar de molestarme, sensibilizan aún más mi piel en cada poro.

Al igual que las medias, el paso de mis manos sobre el encaje blanco terminaron por amoldar la figura, al mismo tiempo que la excitación de observarme, mejoraron el color de mi mejillas, el sabor de los labios y el brillo de mis ojos negros. Sólo cuando intenté cerrar la cremallera del ajustado vestido escarlata, me percaté de que éste era demasiado agresivo, para sólo pasar una velada que posiblemente fuera aburrida, por tratarse de quién me había invitado. De tal forma, esta prenda regresó al “closet” y en su lugar escogí un vestido muy normal de la época: recto, de una pieza, abierto por atrás en el cuello tipo “tortuga”, mediante un cierre que inicia desde la mitad de la espalda; cortado en tela lisa de color amarillo claro y un largo de apenas un poco arriba de la rodilla.

El lugar escogido desde el día anterior, se encontraba repleto, tanto que en el “lobby” del mismo, no había lugar ni para los suspiros del muchacho. << pobre chico >> pensé, mientras nuestros cuerpos inevitablemente, se restregaban unos a otros, al tratar de desplazarnos para buscar la salida.

- ¿A dónde quieres ir?, podemos subir al “Muralto” en lo más alto de la Torre Latinoamericana, observar la ciudad y tomar una copa, — comentó el joven.
- ¡No!, — respondí categórica —, quiero hacer algo diferente... ¿A dónde vas con tus amigos cuando salen en plan cabaretero? ¡Sí! Una aventura arrabalera, — comenté, haciendo un movimiento sugestivo de hombros y pasándolos cerca de su pecho, al mismo tiempo que le mostré una sonrisa de complicidad apoyada por un guiño.

- ¿Estás segura?, ¿vas aguantar todo lo que verás?  
— Seguro... — Afirmé.

Nos encaminamos en su auto compacto hacia la colonia “Guerrero”, un barrio bravo de la ciudad. El sólo hecho de estar allí, me hacía sentir diferente: el temor, la ansiedad de conocer algo nuevo y la sensación de aventura, me hacían sentir un pequeño temblor en las piernas y en mi vientre. Al observarme de reojo en el espejo retrovisor, pude descubrirme con una sonrisa estampada de éxtasis. Pensé súbitamente: << espero no haberme visto algo tonta a los ojos del galán >>, que ahora me parecía más interesante. Nos estacionamos en una callecita, cercana al cabaret que se encontraba bastante oscura, debido a la falla de una luminaria del alumbrado público. Guardamos en la cajuela del auto su saco y mi estola, y nos encaminamos hacia la puerta iluminada con múltiples luces de colores, que representaba algo así como el frontis de un palacio helénico, enmarcada por un par de estatuas de mármol simulado, de jugadores griegos de la antigüedad y en su marquesina con grandes letras rojas se leía: “El olímpico”. Una persona con lamparita de mano nos guió hacia una mesa pegada a la pared rodeada por una banca corrida en forma de “U”, parecida a las que se ven en las cafeterías. Se encontraba situada cerca de la salida y algo alejada de la pista de baile, donde consentimos sentarnos. Fue entonces cuando pasó su brazo sobre mis hombros y acercando su boca susurró a mi oído...

- Donde quiera que fueres, haz lo que vieres — y cautelosamente me dio un beso en la boca, el cual correspondí profundamente.
- ¿Qué van a tomar jóvenes? — preguntó el mesero, mientras con un trapo blanco que al contacto con la “luz negra” del local, se tornó en un violeta fosforescente, limpió la mesa de restos de colillas de cigarro y huellas de humedad de vasos anteriores.
- Dos cubas con ron blanco — contestó mi acompañante y en voz queda, rozando mi oreja completó: — es lo menos bueno, de tal manera que no lo podrán adulterar — y besó mi oído succionándolo, de manera que me provocó se erizara mi cuerpo, por lo que contesté con un beso.

Me encendió un cigarro y aspiré el humo, al mismo tiempo que rápidamente revisé el lugar en que nos encontrábamos. Pintados en los muros, se miraban unas viñetas de la Grecia antigua e intercaladas entre ellas, algunas estatuas de yeso repintadas de jugadores olímpicos, entre los que descubrí al Discóbolo y al lanzador de jabalina, además varias macetas con grandes hojas sintéticas. Aproveché para localizar la puerta del baño de damas. Mi excitación iba en aumento.

- Mira nada más jovenazo, te encontraste “una” de tu pelo, a tu medida, — escuchamos una voz femenina por el rumbo de la pista, donde observamos a dos “muchachas de la vida galante” que se acercaban risueñas a la mesa.
- Invítanos un cigarro muñeca — se dirigió a mí una de ellas.

- Claro, siéntense... — les contesté, tratando de ser agradable y sugiriendo comportarme de lo más normal en ese ambiente, terminé la frase —, ¿cómo va el negocio?
- Pues como siempre..., ya sabes, a veces bien y otras no tan bien como quisiéramos, pero se ve que tú ya agarraste buen chavo, te lo mereces, estas bien linda y jovencita, como cuando empecé... — así cordialmente se entabló una plática sencilla al respecto de lo de siempre, según después me explicaron.

Mientras tomábamos la “cuba” y platicaba con las “muchachas”, compartía con él, por debajo de la mesa, suaves caricias en las piernas, hasta que nos levantamos a bailar una tanda de boleros.

- ¿Lo estoy haciendo bien? — Le dije quedamente en su oído, a la vez que estreché fuertemente mis muslos con los suyos y sentí su mano deslizarse desde mi espalda hasta la cadera, lo que consentí con un suspiro y seguimos bailando hasta finalizar la tanda.

Al regresar a la mesa, “las muchachas” fumaban otro cigarrillo y tomaban una “cuba” que habían pedido...

- ¿Verdad que nos la vas a invitar? — simultáneamente se expresaron, al tiempo que llegó el mesero, el cual con desenfado las espetó...
- Vamos ya par de golfas, dejen en paz a los muchachos que hagan su luchita...
- Bueno, bueno, ya nos vamos..., pero ándale muchacho no la dejes escapar, que de éstas, no las encuentras fácilmente..., y tú... no seas bruta, no te dejes engañar, que te pague por adelantado. — Una gran carcajada salió de mi.

La copa se terminó, acompañada de más caricias que me prodigó tanto, en la cadera, como en la cintura y en mis pechos. Para entonces, ya simplemente atinaba a cerrar los ojos y mantenerlo abrazado por el cuello.

Salimos del lugar y fuimos al auto. Sólo entramos, cuando lo estreché y lo besé desesperadamente. Por su parte con manos no muy hábiles, desató mis broches, miró fijamente mis ojos y deslizó mi sostén, por supuesto que ningún intento de reproche hice. Acerqué mi boca a su oído y creo que sin más se escuchó mi respiración desenfundada. Con ritmo creciente, coludida con la obscuridad de la calle, le ayudé a quitarme los cierres y broches, para entregar mi fruto madurado por la noche y el anhelo con urgencia, de ser comido...

Al otro día cuando fue a visitarme, porque también le urgía volver a verme para recordar aquellos aún recientes momentos, me encontró en la casa de mi tía con un invitado de edad algo mayor a nosotros, al que le sostenía la mano con cariño. ¿Por qué? no se decirlo, pero también disfruté mucho el gesto de su joven cara, cuando se lo presenté diciendo...

- Mí prometido...



# **El proveedor**

## El proveedor

La playa se encontraba solitaria, la arena caliente por el sol se extendía más allá de la visión en ambos sentidos, sin poder distinguir persona alguna, de esa costa de mar abierto, igual a tantas que se encuentran en el estado de Veracruz; donde a lo lejos el cielo se mira como un brochazo de hábil pintor y la húmeda brisa marina arrastra la arena hacia los médanos salpicados de ondulantes palmeras. Desde la sombra de un grupo de palmas de coco, una hermosa mujer morena atraviesa con rapidez la playa y se introduce a las olas; da unos cuantos pasos hacia lo profundo y con las manos entrelazadas y colocadas sobre el pecho se prepara para brincarlas, ofreciendo la espalda para protegerse del oleaje. Su piel de ébano, brilla por los extremadamente cálidos rayos del sol, cuando éstos se ponen en contacto con el agua salada de color verde azulado.

— Ven, acompáñame, — le gritó al hombre que la seguía y se había detenido en la orilla. La joven mujer extendía sus brazos hacia él como invitación, mientras que sorpresivamente, la cresta de una ola, la empuja con fuerza hacia la arena, haciéndola tropezar y provocando lo inevitable..., una zambullida.

Con un rápido reflejo, aquel hombre corrió hacia la mujer, brincando inicialmente las olas, para terminar con un clavado en ellas y así llegar con un par de brazadas al lugar dónde con dificultad, intentaba incorporarse. Luchando con el oleaje, la tomó del talle y la terminó de levantar, quedando unidos en un abrazo, lo que otorgó estabilidad ante el devenir del océano.

— ¿Te encuentras bien?— Le preguntó ayudándole con su mano, a retirar el agua y la arena de la cara.

— Sí, estoy bien, no te preocupes, — contestó, fijando sus ojos verdes en los de él.

Sus anchos y carnosos labios lo incitaron, se acercó a ella y apuró un beso “salado” que ambos disfrutaron, hasta que otra ola un poco mayor, les recordó donde se encontraban. Entonces, tomados de la mano y luchando con el retroceso de las olas, caminaron lentamente hacia afuera del agua. Una vez en la playa, se recostaron sobre la arena y ahí repitieron besos y caricias por un largo rato. Nadie pudiera pensar, dónde y con quién, se encontraban ahora.

Sólo dos días los separaban de aquella noche, en la inauguración de ese pequeño, pero lindo bar, en el sótano de la central de autobuses de San José, población mediana del vecino estado alteño, al occidente de la costa. La música del Mariachi tocaba alegremente y los asistentes cantaban con mucha alegría, cuando ella entró por la puerta del estacionamiento. Alta y esbelta, con más de un

metro y setenta y ocho centímetros de estatura; cabello negro, tan negro que con los reflejos de la luz de los candiles parecía casi morado; rizado y peinado en diminutas trencitas terminadas en doradas cuentas perforadas que tienen como propósito evitar que se despeinen, proporcionando de esta manera, una apariencia de hermoso arreglo del antiguo Egipto. Su piel morena, hacían resaltar aquellos ojos verdes esmeralda, tanto que, junto con sus blancos dientes, era prácticamente imposible no observarla. Los rasgos finos y delicados de la cara, con el mentón ligeramente partido, recordaban la posibilidad de que en sus venas corriera sangre europea, tal vez holandesa o portuguesa. Hermosa imagen, que se incrementa por el contraste con el vestido y blusón de seda color pastel, estampado con grandes y coloridas flores, que ajustan adecuadamente y resaltan aún más su bella figura.

Tal vez fue el destino, pero el único lugar disponible en la mesa, era el que existía junto a él. Paseó la mirada en su alrededor y allá se dirigió, estrechando la mano de todos los del alegre grupo.

— ¡Hola!, tanto tiempo de no verte. ¿Cómo te va...? — Lo saludó con un beso en la mejilla.

— Muy bien, pero que agradable suerte de encontrarte, estás muy guapa..., digo, guapísima.

— Cómo serás, no te burles — respondió algo cohibida —. ¿No ves que tengo que usar lentes para poder ver bien de cerca?— frase que demostró al ceñírselos.

— Te hacen lucir más inteligente y pienso que aún más atractiva, — remarcó, mientras los demás hacían burla de la atención que le dispensaba —. ¿Ahora a que te dedicas?

— Soy la administradora del almacén de refacciones automotrices de la empresa camionera... — La plática tomó un derrotero sin objetivo.

El ambiente, los tragos y la música dieron la oportunidad de dedicarle algunas canciones, las cuales cantaron todos al unísono.

— Escucha esta canción que voy a pedir para ti. La voy cantar..., — dirigiéndose a los músicos la solicitó — ¡Por favor muchachos, tóquenla...! — Y los mariachis la comenzaron a interpretar...

“Tengo en el alma, unas ganas inmensa de llorar...  
Tú me haces falta y juré no decírtelo jamás...  
Quiero formarte, con mis lágrimas un collar de perlas...  
Déjenme llorar, porque hoy que te perdí...  
Queriéndote olvidar... me acuerdo más de ti...”

— Se llama “Collar de perlas” y es mi preferida, — mencionó quedamente a su oído.

— También me identifico con ella... Oye, escucha un secretito...No me di cuenta que me importabas, hasta que nos dejamos de ver. Desde entonces, siempre al escucharla, te recuerdo... ¡Tóquenla de nuevo!

Así pasaron las horas en agradable camaradería y la noche se consumió sin sentirla. Esa misma canción la pidió y se interpretó diez o más veces, no lo sé, pero fue un hecho, que algo muy adentro de ellos surgió y ahora lo reafirmaban.

∞

La cabaña en la que se encontraban hospedados, construida al estilo rústico de la región, incrementaba el ambiente romántico del momento. En el centro de la habitación, estaba colgada la hamaca tejida con hilo de lino blanco, donde dormirían, sin duda, era definitivamente la causa de la mayor excitación del momento, al dejar volar la mente hacia las más exóticas fantasías de hacer el amor en ella. Ahí saborearon un delicioso beso y fue entonces cuando la morena suavemente giró a su alrededor, hasta quedar detrás de él, enfrente del espejo de aquella antigua cómoda en el extremo del cuarto. El reflejo mostró unas delicadas manos acariciar el cuello del hombre y deslizarse sobre el pecho, tomar los extremos de la camisa playera y con una sutil brusquedad apartarlos, ocasionando que se desprendieran los tres botones que los unían y, así dejar libre el veloso pecho, que los hábiles dedos femeninos entrelazaron; mientras los labios hicieron lo propio: besar el cuello, la nuca y el pabellón de los oídos. Las escarlatas uñas, punzaron la piel sin marcar, recorrieron las costillas una a una y materialmente araron el camino, desde el castaño y suave pelambre que nace en las acanaladas ondulaciones del fornido vientre, hasta finalizar el recorrido, alrededor de cada pecho. El contoneo de su cuerpo y de las piernas de la dama, terminaron llevándolo a otro mundo de sensibilidad, lo que impidió observar la sombra, que sobre la cortina se proyectó fugazmente.

La luz del sol había desaparecido entre la maleza de la montaña de la Sierra Madre Oriental. Los pequeños quinqués en cada una de las mesas del restaurante resaltaban más las sombras de las plantas ornamentales y hacían brillar los manteles rojos de las mismas. El sonido del romper sistemáticamente las olas en la playa, la suave brisa del mar y el rozar de las palmeras en su movimiento, terminaron de modelar aquél sitio, en el cual la pareja se preparaba para cenar...

— Por favor enciéndeme el cigarrillo — pidió la morena y le pasó el encendedor.

— ¡Camarero!, dos “cubas libres” si es tan amable — ordenó.

Acercando la cara a la mujer para hablar en voz baja, explicó:

— La última vez que estuve en Miami y pedí esta bebida, la mesera, una exiliada cubana me indicó: “No existe esta combinación de licor. ¿Cómo no? le reclamé, es ron blanco con Coca Cola y ella con desparpajo insistió. No, a eso se le llama “Mentirosita”.

— ¿Por qué dijo eso?, preguntó interesada la bella morena después de exhalar el humo hacia un lado, en la ventana que se encontraba abierta, al tiempo que logró percibir parte de la sombra de alguien moviéndose en la penumbra, a la que no le prestó la menor importancia.

— Son diferencias políticas entre cubanos exiliados y moradores de la isla. Al fin cubanos, ambos son de un carácter alegre y bullanguero, atentos, amables; en pocas palabras no existe diferencia alguna y por acá en México, se les quiere y

respetar por igual, los consideramos como hermanos. Como ya lo sabes, tenemos tiempo comercializando con las dos partes... Dime, ¿te gusta el lugar?

— Precioso, es un paraíso..., aunque... nunca pensé que me buscarías y mucho menos que me invitaras a este viaje, — contestó, perdiendo su mirada en la estructura de troncos de madera que soportan el techo de palma de la “palapa”, que la hizo recordar aquella noche en el bar... — Pero no entendí por qué hiciste que me llevara a mi casa un amigo tuyo, aquel joven alto, de pelo entrecano. Tal pareciera que querías que nos conociéramos...

— ¡Claro!, ¿no recuerdas que me pediste que te lo presentara porque era muy atractivo? Bueno..., uno nunca sabe dónde surgirá el amor, por lo que nunca hay que forzar la situación.

— ¡Así fue! — contestó con una mueca de convencida —. Desde esa noche no dejé de pensar en ti. Primero me quedé esperando una llamada telefónica, visita, carta, o no sé qué. Después..., esa espera dio paso al enojo. No sé qué te creías, que podrías disponer de mi espera, del tiempo de mi mente, pero..., por fin llamaste, me dio mucho gusto escucharte y más después de saber que te agradaría mi compañía en este viaje...

— Por cierto, ¿a qué vienes a este lugar tan alejado de la civilización?

— Tengo que buscar a una persona que hará el contacto de un negocio, por eso, mañana te voy a dejar muy temprano, aún antes de que te despiertes. No te preocupes si no me encuentras, desayuna y disfruta del paraíso... ¡Ya regresaré más tarde! — Con una sonrisa, abandonó ese tema, chocaron sus vasos, brindaron con la “cuba libre” y disfrutaron del pescado al horno, nombrado en el menú como “Huachinango relleno de mariscos”. La plática continuó.

— ¿Recuerdas que preciosos paisajes se observaron al bajar por la sinuosa carretera?, los lagos y el bosque con sus coníferas, para luego a dar paso a esta tierra caliente con su atemorizante jungla, los caudalosos ríos y las zonas pantanosas, pero, más agradable fue, el poner mi cabeza sobre tu hombro y observar tus habilidades de conducir a altas velocidades, rebasando atrevidamente en las curvas del camino, con ese automóvil deportivo escarlata tan poderoso, mientras el aire golpeaba nuestras caras. Estoy muy contenta de haber venido — comentó en susurro y acercó sus labios para recibir un beso apasionado, mientras acariciaba las piernas del hombre.

El esperado desayuno con el “contacto”, después de recorrer casi una hora de camino, fue muy reconfortante: cecina de venado con cebolla, jitomate y chile serrano, junto con los siempre deliciosos frijoles negros de Catemaco bien refritos y unas blancas tortillas de maíz. Desayuno para “chuparse los dedos”, como dicen por acá, cuando se refieren a uno verdaderamente excelente; acompañado con un delicioso café negro de la sierra.

— Se que llegaste bien acompañado. Como siempre tu buen gusto te distingue. Espero que hayan disfrutado del lugar, — comentó aquel hombre que a pesar de ser prácticamente un anciano, su fortaleza debida a los trabajos del campo, le otorgaba una prestancia y un poder que muchos más jóvenes envidiarían. — ¿Qué sabes o qué piensas de la gente con la que vas a negociar?

— No mucho, ya sabes que eso nunca me detiene, los tratos equitativos son los que mantienen lo negocios. — levantando la taza, sorbió el último trago de su café.  
— Ándate con mucho tiento, son gente difícil y dura, no aceptan fallas, es una organización muy grande y bien apoyada. — De una cajita de madera cogió un habano de los que hacen en la región de los Tuxtlas, y con mucha delicadeza hizo un corte pequeño en el extremo del “puro”, nombre con el que se designa por estas tierras. Se lo llevó a la boca y le prendió fuego con unos cerillos de sobrecito que luego los dejó caer sobre la mesa. En una de sus caras se alcanzaba a leer: *Hotel Colonial, Balboa, Panamá*. — No te ofrezco, porque ya sé que no es de tu agrado, pero ¿qué más quieres?, ¿otro café? ¡Que nos lo lleven a la terraza! — ordenó.

Levantándose de la mesa, caminaron lentamente, como si trataran de poner en orden sus ideas o esperar a ver quién movía la siguiente ficha del tablero. Momento que le permitió observar, como siempre, aquella casona de madera de dos pisos, toda pintada de blanco, con su techo de lámina galvanizada y grandes ventanas alrededor de ella. Ya en la terraza, tomaron asiento en un par de sillas mecedoras de madera y bejuco que circundan una mesa pequeña, donde una muchacha del servicio colocó las tazas del café. Desde ese punto, se podía observar colina abajo los pozos petroleros en producción, en medio de los verdes potreros repletos de ganado indobrasil, cebú y charoláis, que a la distancia, como pequeñas manchas, caminan lentamente pastando, mientras las garzas blancas vuelan cerca de ellos, en busca de los insectos que se descubren a su paso y otras, las más atrevidas, paradas sobre algunas de las reses, cabalgando en las ancas o cabeza. Los espulgan, librándolas, de las garrapatas y otros parásitos.

— Hasta ahora has corrido con suerte. ¿Cuánto tiempo más lo seguirás intentando?

—No veo el por qué no pueda continuar, muchos lo hacen por todo el mundo y cada vez son más queridos por la gente..., tomaré muy en cuenta tus observaciones. — Remojó el pan dulce, era una *concha* y recordó a la deliciosa mujer que en la playa lo espera, pero, movido por la curiosidad en flashazo de la mente, trató de adivinar... << ¿A qué estaría dedicándose?, ¿acaso seguiría dormida?, ¿estaría asoleándose en la playa?, ¿o desayunando? Ojalá que no se desespere al ver que no regreso tan rápido como lo previmos. Tendré que tomar las cosas con mucha calma, esperar a que regrese el guía para saber cuáles serán las instrucciones a seguir, para así poder llegar al lugar de reunión >>.

La plática, como siempre, giró alrededor de variados temas, pero hubo uno el cual pareció acaparar en especial el interés de Don Aurelio: Los cambios políticos que se habían tenido a últimas fechas en el Estado, conocidos por todos y que mantenían en total ebullición el ambiente social de la población; eran tales, que con cualquier pretexto casi siempre se generaba un conflicto entre los pobladores de una misma comunidad e incluso entre las amistades y las familias. La sensibilidad se encontraba en la máxima presión y cualquier cosa por insignificante que fuera, la ponía en punto de detonación. Los desastres naturales provocados por las extremas lluvias como hacía tiempo no se habían tenido, arrasaron e inundaron poblaciones enteras, lo que incrementó la susceptibilidad a

pesar de la conciliadora actuación del gobierno local, apoyado por los recursos federales.

— Parece mentira, pero toda esta excitación, puede dar al traste con los objetivos perseguidos, debemos esmerarnos en seguir los lineamientos para no llamar la atención hacia nuestros grupos que prácticamente están a punto de... ¡Mira! por allá viene el guía, atravesando los naranjales. — Indicó con su mano derecha hacia el sur del rancho.

— ¡Haber Chabela!, ¡bájate unas naranjas y prepara agua fresca, se me hace que este Miguel debe de venir bien sediento!

— ¡Hola Don Aurelio!, ¿cómo estamos?

— Hola Miguel como te fue de camino, ya nos tenías preocupado, te estamos esperando desde hace horas.

— Lo siento mucho. Me retrasé tratando de vadear los arroyos, están muy crecidos..., pero ya estoy aquí.

— Qué bueno, mira, aquí está el proveedor, es a quien tendrás que llevar al punto de reunión. ¿Cuáles son tus instrucciones?

— Iremos por el río aguas arriba hasta San Cristóbal y de ahí a caballo hasta el campamento, por lo que nuestro invitado tendrá que salir hoy en la tarde del hotel para llegar al lugar donde nos embarcaremos en la mañana, de manera que tendrá que dormir en el monte donde tenemos el bote. Pasaré por él ya obscurecido para no hacer evidente la partida. Tenemos que desviarnos del puente de la autopista, ya que ahí existe un retén de soldados y no quiero enfrentarme a una “volanta”.

— Oye Miguel..., el invitado viene acompañado, ¿qué piensas que deba hacer?

— Ese sí es un problema, pero no podemos arriesgarnos a dejarla. Si la dama resiste las penurias, puede acompañarlo, pero debe de controlarla, — le contestó al mismo tiempo que hacía un ademán con las manos que mostraba resignación

—. Bueno hasta la noche, ya que tengo que hacer unas compras, y arreglar algunos asuntos. ¡Ah! por cierto, deben de viajar ligeros, dejen las maletas en el cuarto e indiquen en la administración del hotel, que estarán unos tres o cuatro días más hospedados. — Con grandes tragos apuró el vaso de agua de naranja que le ofrecieron y se despidió —. Hasta la vista don Aurelio — con un ademán de la mano izquierda, emprendió el camino hacia la “pick up” que siempre Don Aurelio le facilitaba cuando por ahí llegaba.

De regreso al Hotel, su mente vagó sin un patrón, entre la reunión en el rancho, lo inesperado del viaje nocturno, la incertidumbre de la resistencia y el posible comportamiento ante la situación de llevar a la bella dama, que ahora espera y debe de estar ya desesperada. Por otro lado, no podía siquiera imaginarse lo profundo de la selva en donde se encontraría el campamento. A pesar de que la ocasión ameritaba un alto grado de nerviosismo y tensión, hasta ahora, ésta no parece ser un ingrediente impactante en su comportamiento. Como siempre, intentará de disfrutar la aventura y la compañía de ésta bella mujer, a la par de efectuar un buen negocio.

Al llegar al Hotel, después de buscar en la cabaña y en la playa sin encontrarla, la distinguió en la pequeña piscina, descansando sobre una toalla y disfrutando de

una bebida, que en su mente asumió, era “ron añejo con cola” y una gran cantidad de hielo.

— Toma para que te refresques, — extendió el brazo con la bebida —, ya me empezaba a preocupar..., no por ti, sino por mí. ¿Qué iba hacer si me hubieras abandonado?, ¿cómo regresaría?, ¿cómo saldría de aquí...? Bueno ya no importa, ya llegaste. Ven vamos a remojarnos en la piscina, cámbiate, te espero.

— Mientras regreso, por favor pídemme un trago igual, tengo algunas cosas que platicarte — girando sobre sus talones, desapareció para regresar posteriormente y meterse al agua haciendo un salto de pirueta en el trampolín.

— ¡Te atrapé!, mujer escurridiza, — dijo con voz grave, al tiempo que ella lanzaba un gritito fingido y trataba de escapar de los brazos que recorrieron todo su cuerpo hasta llegar a los hombros, para sujetarla y robarle un largo beso.

— Amor, no me abandones por tanto tiempo, me puede robar alguien más guapo... — Desprendiéndose del abrazo, se dirigió a la parte menos profunda donde podía recostarse, manteniéndose dentro del agua.

— No importa que huyas, te seguiré y te encontraré hasta donde estés... y te raptaré, — gritó el hombre a la vez que con un par de brazada de “crol” la alcanzó y la apresó entre sus brazos y piernas, dando lugar a que la circulación de la sangre se incrementara y la piel de ambos se erizara con el roce de los cuerpos. Me tienes loco. ¿Dónde te habías metido?, ¿por qué antes de ahora, no nos habíamos descubierto?, ¡Uf... tanto tiempo perdido!

— No lo sé, supongo que era transparente para ti. Pensé que nunca te fijarías en mí — entre plática y jugueteo el tiempo pasó.

— Vamos a vestirnos y comer, nos espera una jornada muy pesada, en la comida te platicaré lo que haremos. — Con un salto pequeño salieron del agua y se dirigieron a la cabaña.

La obscuridad de la noche era extrema; en esos días la luna aparecía bien entrada la noche, las luces del hotel horadaban materialmente el ambiente, cual túneles de luz. El croar de los sapos y el cantar de los grillos completaban el concierto nocturnal de la costa. Habían terminado de prepararse con la vestimenta adecuada para transitar por la selva, cuando dos ligeros golpecillos en la ventana, los pusieron alertas y corrieron hacia ella. La sombreada faz de Miguel los alivió y con un ademán les indicó que salieran. Rápidamente tomaron sus pequeñas mochilas y la bella mujer tomó adicionalmente una pequeña bolsa de piel que se colgó del cuello, lo que llamó la atención de Miguel.

— ¿Qué llevas ahí? — preguntó.

— Cosas de mujeres — respondió apresuradamente —, tratando de no dejar dudas.

— Bueno, por acá..., rápido y en silencio, — les indicó Miguel, mostrando el camino a través de una vereda, a la que se encaminaron. Mientras, atrás se quedaban las luces del Hotel, mientras por un lado de la cabaña, una obscura figura humana se diluyó entre las sombras.

Guiados por la experiencia de muchos años de andar por esas veredas y caminos, Miguel, con la lámpara en la mano encabezó una pequeña fila, en la que lo seguía la morena, el proveedor y por último un indígena, que hasta el momento

no había proferido palabra alguna, lo que de primera impresión, pareciera que no hablaba español; sin embargo con cualquier pequeño ademán de Miguel, rápidamente se establecía la comunicación. Que decir, con sólo un intercambio de miradas sabían cómo proceder. Estaban compenetrados en el lenguaje del silencio.

Al principio, tanto la morena como el proveedor, tropezaban continuamente al caminar, pero al pasar del tiempo, se acoplaron a la obscuridad y a la manera de caminar del Guía, el cual alumbraba hacia adelante en la vereda para definir su trazo adecuadamente, luego bajaba el haz de luz recorriendo el camino hasta sus pies en busca de obstáculos como son troncos, raíces, ramas, piedras o cualquier tipo de víbora o alimaña, para luego reiniciar el procedimiento, sin suspender el andar. De cuando en cuando alumbraba a los pies de los demás para que se ubicaran con el tipo de suelo, especialmente cuando existía un obstáculo o una imperfección en el piso. Así continuaron por alrededor de una hora hasta que de pronto a lo lejos se observó iluminado el puente de la autopista, una majestuosa obra de ingeniería a base de una estructura colgante de más de doscientos metros de claro, la que permite soportar los cuatro carriles de tránsito vehicular.

— Parece a lo lejos un gran velero divinamente iluminado — comentó la morena — lo que ocasionó que Miguel detuviera la marcha y nos hablara en voz muy baja.

— A partir de ahora deberemos mantener el máximo silencio, ya que nos estamos acercando al retén de los militares y si es posible, ni la respiración deberá escucharse. Apagaremos la lámpara y caminaremos sin la luz. En caso de que nos topemos con una patrulla de soldados, nos mantendremos inmóviles y ocultos hasta que pasen de largo... Ahora, a caminar.

Después de un rato, la selva se abrió y con un susurro Miguel comentó:

— La carretera..., esperen, voy a observar si podemos cruzarla. — Se alejó unos cuantos metros, revisó el área y volteando hacia ellos, hizo señas que se acercaran y con voz grave informó —, a la izquierda a unos quinientos metros se encuentra el retén, se puede observar su iluminación, sin embargo, debemos esperar que pase un vehículo hacia allá, para que su luz impida que los puedan detectar aún con equipos infrarrojos, así que siéntense aquí detrás de este matorral.

No tardó mucho para que se iluminara todo en rededor de la carretera y apareció un autobús de pasajeros con sus luces en alta potencia. Por buena suerte, en el sentido contrario, no venía vehículo alguno.

— Es el momento, cuando pase de largo, enseguida atravesamos la carretera, háganlo de prisa... ¡Ahora...! — Todos al mismo tiempo corrieron hasta el otro lado de la carretera, donde nuevamente se reagruparon y continuaron siguiendo a Miguel.

Al caminar en la obscuridad, la monotonía le llevó a recordar las últimas horas de la tarde con la morena. Al entrar a la cabaña, ella se metió a ducharse, mientras preparó la pequeña mochila donde llevaría solo lo indispensable. La figura reflejada en la cortina de baño, lo incitó a bañarse con ella, la ayudó a

enjaponarse la espalda, las piernas, los pechos, cosa que ella, retribuyó en demasía... y bajo la ducha disfrutaron de un beso apasionado. Tomándola en los brazos, así húmedos, chorreando de agua, la llevó a la hamaca, y colocando sus piernas sobre sus hombros y acercándose a sus ojos verdes que brillaban aún más que los pendientes de esmeraldas que portaba, suavemente con el leve movimiento de la hamaca, alcanzaron el paraíso de un orgasmo sin límites.

El cielo estrellado, de tal forma abigarrado, que no podía encontrarse espacio alguno sin estar ocupado por cualquier punto brillante; algunos cintilantes y otros fijos, los había acompañado durante toda la jornada, hasta que la luna hizo su aparición y su blanco brillo opacó a una gran cantidad de ellas. Era de tal magnitud su brillantez, que prácticamente se podía observar el camino sin necesidad de lámpara, la cual Miguel a pesar de lo anterior, la volvió a utilizar, simplemente para mejorar su visión. Al salir de un recodo del camino, bruscamente la pequeña columna se detuvo. Enfrente del grupo, en la vera del camino, a únicamente veinte metros de distancia, un hermoso venado comía de los retoños de hierba de la brecha. Súbitamente levantó la cabeza y sus ojos de rojo brillante, por el reflejo de la luz de la lámpara, quedaron encandilados. Se encontraba a merced de la mira de un rifle, sólo requería de una bala en el cuello o en la espaldilla, para disponer de un manjar de carne de monte, sin embargo, el ruido del disparo podría acercar a las patrullas militares, de tal manera, que moviendo el haz de la lámpara, Miguel permitió que el bello ejemplar reaccionara y con un brinco, que más pareció al de una “araña”, se perdió entre la maleza.

Tras el largo recorrido, el cansancio apareció en el grupo, de manera que en un espacio libre de monte, bajo un árbol que por la obscuridad era difícilmente identificable, pero que bien pudo ser un cedro, se decidió descansar. La Morena exhausta, caminó hacia un tronco con la intención de sentarse, cuando la mano del indígena con hábil movimiento la detuvo del hombro, mientras con la otra mano le indicaba que mirara hacia el suelo; justo donde iba a dar el siguiente paso algo de no más de cuarenta centímetros de longitud y dos de diámetro, se movía lentamente. Tenía bellos colores, que por la luz de la luna brillaban como un collar de diminutas lentejuelas, formando anillos de color rojo, blanco y amarillo. Con un golpe de su machete, Miguel le cortó la cabeza...

— Era una coralillo, una de las serpientes más venenosas de la comarca.

— Dios mío y por poco me muerde — sollozó la Morena y se refugió en los brazos del proveedor.

— Esperen, permítanme revisar el tronco, no vaya a ser un nido de tarántulas. — Miguel de un golpe con el pie hizo voltear el tronco, pero sólo salieron varias arañas y hormigas; además de algunas polillas.

— Mejor siéntense directamente sobre la tierra. — Acercó su bolsa de yute y sacó una lata de carne, la abrió con un cuchillo y untó su contenido en unas galletas saladas y las ofreció a todos. Destapó la cantimplora y la pasó a cada uno, al igual que una botella de aguardiente de caña puro, que la extrajo de la bolsa del indígena — Esto les va a quitar el cansancio. Ya no falta mucho, para llegar al “jagüey” donde por la mañana nos embarcaremos. En diez minutos reiniciamos la marcha.

La morena después de comer algo, nuevamente se protegió entre los brazos del proveedor y “haciendo de tripas corazón” se aguantó el asco de tener que tomar directamente de la botella, que quien sabe cuántas bocas la habían chupado, le propinó un gran trago al aguardiente, que la hizo toser. Al tenerla así acurrucada sintió el palpar de su corazón, por lo que le acarició el cabello y la cara en señal de compartir el sentimiento de su sufrir. El acompasamiento de la respiración indicó que se había quedado dormida. << Una ligera siesta la reconfortará >>, pensó.

Las camisolas y los pantalones de mezclilla de color azul oscuro, había sido lo mejor que pudieron escoger para la travesía; por lo pronto los habían salvado de los arañazos de las ramas con espinas, que en esta región les llaman “cariñosas”, porque cuando te atrapan, tal parecen que te aman tanto que no quieren dejarte escapar; además de los mosquitos y toda clase de alimañas que durante la caminata, se levantan del zacate y vuelan a tu alrededor; y son tantos que si abres la boca para hablar, lo más probable que te comas un puño de los mismos. Y por qué no decirlo, también estas vestimentas servían para hacer resaltar aún más, la figura femenina de la Morena.

Después de recorrer el último tramo, por fin el grupo llegó al lugar junto al río donde pernoctarían, aunque fuera por unas cuantas horas hasta el amanecer. Con celeridad, el indígena limpió un área cercana a la embarcación, que no era más que un “cayuco”, fabricado al vaciar el tronco de un árbol; y con tres palos y una gran hoja de dos metros por lado de película de polietileno que la traía muy bien doblada en la bolsa de yute, construyeron un refugio, al que invitaron a la pareja a que lo utilizara, al tiempo que erigían otro similar. Encendieron una fogata y se recostaron tratando de dormir. — Es un lugar seguro — fue lo último que la Morena escuchó decir a Miguel, antes de perder la conciencia.

La lluvia en la cara y los despertó. La cantidad de agua que cae del cielo es impresionante e inimaginable en estas regiones, prácticamente es una cortina de agua.

— ¿Estás despierta?

— ¡Sí!, ¡pero estoy toda empapada!, el refugio no puede contener a esta cantidad de cielo que cae en forma líquida..., — el viento arremolinaba la lluvia alrededor de ellos.

Intempestivamente, tomaron lo que quedaba de la película de polietileno y corrieron hacia el cayuco. Se introdujeron con dificultad en él y juntos se envolvieron hasta la cabeza con el plástico. Ahora estaban protegidos de la lluvia, juntos muy juntitos, húmedos pero calientitos, que sensación tan desagradable, ahora ya podrán saber que sienten los bebés, pero de alguna manera pudieron dormir un poco más y así terminaron de pasar la noche.

En la madrugada, un poco antes de amanecer, se escucharon pisadas alrededor del “cayuco”; eran acompasadas, como si muy cuidadosamente estuvieran buscando algo...

— No te muevas, — comentó en voz baja la morena — hay alguien junto a nosotros..., se está acercando, ¿qué hacemos?, óyelos ya están aquí, nos están viendo.....

En un momento de decisión, en forma súbita, se retiraron el plástico de la cara y se enfrentamos a los invasores..., y de pronto escucharon súbitamente la respuesta.

— ¡Muuuú...! ¡Era una vaca que había venido al “jagüey” para abrevar. Sólo les quedó reír de sus temores..., había amanecido.

La morena tomó su bolsita de cuero y se retiró tras unos matorrales, para darse una arregladita general, todos pensaron que la vanidad femenina, aún en medio de la selva tenía una prioridad importante, mientras el indígena, preparó algo de desayunar, unos tasajos secos de res con frijol y tortilla, así como un café, fueron los alimentos.

Ya en el cayuco y en medio de la corriente, con el motor fuera de borda de diez caballos de fuerza remontaron el río navegando por varias horas, aguas arriba navegando en uno de los afluentes principales. Fue impresionante el recorrido, pudieron observar en diferentes lugares, a una familia de jabalíes, una pareja de venados, tepezcuinques, un gato montés y un tapir, los que habían llegado a la orilla con el fin de abrevar, y al sentirse descubiertos, con rapidez desaparecieron entre la maleza. La infinidad de árboles en las orillas y la vegetación se convirtió paso a paso en más agresiva y el ancho de la corriente, cada vez se estrechó más. Un gran espectáculo resultó el observar a lo lejos, una cuerda de changos balancearse entre dos árboles. El río serpenteó hasta llegar a un campamento fijo, con unos cuantos caseríos de palma y guano; lugar de donde parten las brigadas de madereros, exploradores petroleros y cazadores furtivos. En una de las chozas en un letrero desvencijado y desprendido de uno de sus soportes se podía leer: “San Cristóbal”... Ahí desembarcaron. Ya los esperaba un viejo con una recua de mulas, las cuales serían el transporte durante la última parte del recorrido.

— Descansen un rato mientras voy a hacer algunas cosas que tengo pendientes antes de partir, — dijo Miguel —, no se alejen de las mulas, — ordenó mientras se perdía tras una de las chozas.

La morena caminó a la sombra de un hermoso y llameante framboyán para tratar de librarse del fuerte calor que se hacía sentir para esa hora y que por la frescura de navegar en el río, más o menos no se había sufrido. En tanto, el proveedor se encaminó a lo que parecía una fonda. Un cuartucho sumido en la sombra de la obscuridad, con unas cuantas mesas de lámina de las que proporciona una marca conocida de cerveza. El suelo de tierra, recién mojado y barrido se sumaba a la encerrada estancia, donde un rayo de luz cortaba materialmente la lobreguez reflejando miles de partículas de polvo danzando en zig-zag en él.

— Una cerveza por favor — pidió, sin dirigirse a nadie en específico.

— Aquí tiene, — se escuchó una voz de mujer, al mismo tiempo que la colocaba sobre la mesa — ¿Se le ofrece algo más? — reiteró atrevidamente y se situó enfrente, de manera que el recién llegado no pudiera dejar de observarla.

Al principio en la penumbra, únicamente distinguió un bulto amarillo, el cual fue tomando forma lentamente. Una mujer chaparra y gorda, enfundada en un vestido amarillo chillante, bastante arriba de las rodillas, con las costuras jaladas y próximas a reventar, pintada de la boca con un rojo escandaloso y unas ojeras moradas que trataba de disimular, con algo de maquillaje azul claro.

— Oye güero, ¿por qué no te tomas la cerveza y vienes conmigo al cuarto?, “un rapidito”, te va a dar tiempo. ¡Aprovecha, puede ser el último...! — acompañó lo dicho con una mueca, junto a una risita sarcástica y socarrona, que dejaba ver un par de dientes recubiertos de oro.

— ¡No me fastidies, mejor sírveme un aguardiente y cierra la boca! — Esperó que le sirviera, agarró el vaso y echando la cabeza para atrás, se tomó de un trago esa fuerte bebida que sabe a lumbre, la que le hizo bruscamente levantarse de la silla y aventar un billete sobre la mesa —. ¡Quédate con él cambio! — Sin voltear a ver, salió rumbo a donde se encontraba la morena.

— ¿Dónde estabas?, ya te están esperando para partir — comentó.

Sin contestar, la tomó de la mano y la jaló hacía una de las dos mulas que estaban sin jinete o carga y la ayudó a subir, para posteriormente montar a la restante.

— Estamos listos, vámonos. — tomaron su lugar en la fila, en la cual, no volvió a expresar palabra alguna por un largo rato.

Algo pasaba por su mente que lo había puesto de mal humor e irritable, de manera que optó por permanecer callado. Al paso de los animales, simplemente movía su cuerpo al mismo ritmo; viendo sin ver, escuchando los ruidos sin escuchar, sudando a través de la cintilla del sombrero de paja de ala ancha y gacha, con la ropa empapada por la transpiración y los insectos volando por todas partes. La mente fugaz, le recordaba aquél cuarto pestilente con sabor a enervantes y vista a la Zona del Canal de Panamá, donde fue contactado por vez primera. El momento de máxima tensión se acercaba, presentía que el final de la ruta del tan ansiado proyecto se encontraba en la próxima vuelta de la vereda.

Pasado un buen tiempo, durante el trayecto, salieron al encuentro de la fila, un grupo a caballo que lo encabezaba un hombre de ojos azules y barba crecida, que montaba un “grullo” campesino pero robusto. Sin dirigir palabra, con la pipa de tabaco en la boca, dio una palmada en el hombro a Miguel e hizo un ademán que se interpretó como un saludo para todos, y moviendo su mano izquierda hacia adelante con dirección a la brecha, se continuó con el recorrido. Hasta entonces se percataron que los integrantes de este grupo, el cual a partir de ahora los acompañaba, se encontraban armados con equipo de alta tecnología, fusiles ametralladoras AK-47, “Scanners” satelitales, equipo de visión nocturna, de

comunicación, demolición, etc., todo de lo mejor y enfundados en ropa verde de camuflaje para selva, incluyendo el sombrero tipo australiano.

El arribo al campamento fue un momento de espectacular impresión, nunca habrían podido siquiera imaginarse lo que estaban observando, en un vallecito rodeado de pequeñas colinas que sirven de una especie de amurallamiento y fortaleza. Todas recubiertas por una gran cantidad de árboles y maleza que disimulan perfectamente las tiendas de campaña y chozas de todo un ejército bien entrenado y bien pertrechado. Con celeridad, dos elementos del grupo acompañante, los dirigió a una cabaña donde se encontraba ya servida la comida y unos catres donde algo, podrían descansar, antes de la entrevista con el comandante en jefe. Una botella de whisky escocés al centro de la mesa a manera de bienvenida, les permitió apresurar el relajamiento, mientras la Morena con su maletita se desaparecía de la vista de todos, al mismo tiempo que el sol.

— Qué difícil es para una mujer poderse acoplar a estas actividades — alguien comentó en voz alta.

— Ni creas — contestó uno de los hombres uniformados —, actúan igual que cualquiera, no se limitan y lo hacen en cualquier momento o lugar; las mujeres en muchos casos son más duras que nosotros.

Nunca, ni en lo más profundo de sus pesadillas se hubieran imaginado lo que sucedió: de pronto, una intensa luz cegó sus vistas, seguida casi inmediatamente de una gran explosión, la que se encadenó a otra y así sucesivamente, segundo a segundo continuaron las detonaciones, de tal manera que cubrieron toda el área del campamento. Los gritos y las maldiciones, completaron el ambiente de muerte y destrucción en unos cuantos instantes. Los habían descubierto, los están atacando... En toda aquella confusión, la morena, agarró con fuerza la mano del proveedor y corrieron hacia la obscuridad del límite del campamento cobijada por la selva. Al llegar a la protección de la maleza y al percatarse de que nadie los observaba, de su pequeña bolsa de piel, sacó una cajita negra del tamaño de un cajetilla de cigarrillos y accionó un botón, activándose lo que a simple vista parecía un transmisor, que arrojó pasos atrás en la vereda que habían recorrido.

— Es por si nos siguen — gritó —. Vamos, hay que salir de aquí, — giró media vuelta sobre sus talones y continuó con la carrera.

Sin comprender siquiera un mínimo de lo que sucedía, El proveedor la siguió, corriendo a corta distancia, mientras en voz alta la bombardeada también, con preguntas sin respuesta.

— ¿Quién eres en realidad?, ¿qué hiciste?, o mejor dicho ¿qué hicimos?, gritaba a todo pulmón sin que ella respondiera...

En eso una explosión los hizo voltear hacia donde unos minutos antes habían estado.<< La “cajita” >>, pensó.

— Nos siguen — dijo la morena —, pero ahora irán más despacio, buscando más minas inteligentes como ésa. Nos dará tiempo suficiente para llegar al punto de recolección. Sigamos corriendo.

El zumbido de motores a reacción, de aviones de ataque sobre sus cabezas, dieron lugar a otras grandes explosiones, pero éstas incendiarias y de tal magnitud, que formaban enormes bolas de fuego que arrasaron prácticamente lo que quedaba del campamento.

— Están empleando “Napalm”, que es gasolina gelatinizada, aquello debe ser un infierno, — mientras un enjambre de helicópteros con tropas de asalto comenzaron a tomar los alrededores, cercando el campamento.

A pesar que el fragor de la batalla era un ruido ensordecedor, ya no la escuchaba, sólo los latidos del corazón y el resoplar de la respiración; corría como un autómatas, no sentía los pies pisar sobre el terreno, no sabía hacia donde se dirigían, sólo seguía a esa morena de grandes zancadas, mientras en su mente retumbaban muchas preguntas. << ¿Era ella parte de ésta operativo?, no cabía duda, de alguna manera había logrado enviar una señal, tal vez electrónica que sirvió para localizar el centro de operaciones de esta gran organización militar, acaso ¿guerrilla?, ¿narcotraficantes?, o quién sabe de qué otra índole. ¿Cuántas veces había convivido con esa mujer?, ¿cuántas veces le había hecho el amor?, ¿acaso me utilizó...? Pero, ¿ahora qué será de mí, ya que soy un proveedor de este grupo?, ¿qué me irá a suceder? No entiendo, ¿por qué me salva? Bien me podría haber dejado morir, o simplemente a mi suerte... Me ama, estoy seguro, por eso me está salvando...>>.

Cuando ya creían desfallecer, de pronto llegaron a un claro en la selva. Rápidamente, de la bolsita de piel, extrajo algo así como una lata de cerveza, la que “destapó” y con fuerza la arrojó al centro del mismo. Esta vez, si se trataba de un transmisor para guiar al transporte de rescate, el cual también proyectó una intensa luz amarilla de sodio. Al percatarse de su funcionamiento, de nueva cuenta tomó la mano del hombre y lo jaló al otro extremo donde recomienzan los matorrales y sin aminorar la carrera se aventó de bruces, por consiguiente lo arrastró bruscamente con ella. Entonces recordó subreptivamente el episodio que apenas unas cuantas horas atrás, les había tocado vivir..., el de la víbora de “coralillo”, esperando que no hubiera alguna en el lugar donde caerían. Sabiendo que ya no existía remedio a eso, enconchó el cuerpo y rodaron... la cabeza de la Morena quedó sobre el pecho del que hasta hace poco había acariciado. Por un instante que se prolongó algo más... no pudieron articular palabra alguna, mientras recuperaban el aliento. Colocó la mano por debajo de su cuello y acarició su nuca, y acercaron sus caras, tan cerca, que le regaló un beso.

— No tardarán en recogernos — mencionó la mujer —, bajará un helicóptero de rescate — y volvió a posar sus labios en los de él, sintiendo como su lengua recorría el paladar, acción que lo hizo estremecer.

<< ¿Qué tiene esta mujer que hace conmigo lo que quiere? ¿Quién es? >> pensaba, cuando algo muy frío sintió en su sien... Muy lentamente se fueron separando hasta que pudo darse cuenta, que se trataba de un pequeño revólver... y la mano que lo empuñaba... de finos y largos dedos morenos con las uñas excelentemente recortadas y barnizadas de rojo escarlata... Ágilmente pensó... << La “bolsita de piel” >>.

— ¡Te vas a morir, eres un traidor a la Patria!, pero antes de eso, me vas hacer el amor... ¡maldito...! — No terminó la frase cuando un helicóptero bajó en el claro —. ¡Levántate y corre canalla! — a empujones logró moverlo, justo en el momento, en que aparecieron en la vereda un sin número de chisporroteos, que indicaron que les estaban disparando — ¡Apúrate más, corre...! — Lo que hicieron como pudieron, entre una lluvia materialmente de plomo, apagada por el sonido de las turbinas del rotor del aerotransporte, recorrieron la distancia que los separaba, no sin antes caer entre los “mogotes” y “zacatones” un par de veces. Por fin de un salto, consiguieron penetrar al interior, y como pudieron se acurrucaron entre los hombres que hacían actuar sus armas automáticas. El proveedor quedó encima de la morena, al tiempo que rápidamente remontaban las alturas, alejándose de algo más que el mismísimo purgatorio.

— ¡Muévete, quítate de encima! ¿“Qué no ves” que no me dejas respirar? — gritó la morena, mientras que, con un gran esfuerzo de los brazos y una pierna, logró virarlo y zafarse de su cuerpo, de modo que pudo observar que las últimas balas habían hecho blanco en su espalda y la nuca... — ¡Cobarde!, ¡maldito!, ¡no te mueras miserable! ¡Ahora no...!

A lo lejos, se observaban los fuegos y hornazas del campo de batalla...

## La Reina del Carnaval

## La Reina del Carnaval

La sombra del frondoso árbol de mango, como todas las tardes, caía sobre la alberca del club campestre. Al caminar alrededor de ella lentamente, con los brazos cruzados por atrás de la cintura, los recuerdos tiernos de mi infancia, brotaron cual imágenes amarillentas de un viejo y polvoriento estereoscopio, en forma tan clara que los cuarenta y tantos años que nos separan, ahora se redujeron a la nada. Como si estuviera ahí, pude observarme acompañado de Manuel y otros muchachos de la palomilla, disfrutando de un chapuzón en sus frescas aguas durante las tardes calurosas del mes de Marzo, donde aquella joven y hermosa mujer, ex reina del carnaval, también nadaba frecuentemente en compañía de sus hijos pequeños, que decir, más bien era así casi todos los días entre semana e invariablemente, la cautivadora sesión se prolongaba hasta un poco después de la puesta del sol, sin que nadie más de la comunidad, fuera de nosotros, asistiera.

La piscina, rodeada de grandes extensiones de verde césped y floridos matorrales de hibiscos color rosa, se esconde a un lado de la casa club. Edificación construida por los ingleses durante su estadía en la época de oro de la explotación petrolera, como centro de reunión social. Ésta se encuentra situada en el interior de la villa, donde al igual que ahora, los principales funcionarios de la empresa tienen sus viviendas. Pareciera que nada había cambiado, todavía la magnífica edificación aún luce impresionante a pesar de los años transcurridos; sus barnizados tabiques recocidos de color rojo, sus grandes ventanales en forma de arcos y su techo de dos aguas, conformado por tejas planas cuadradas y colocadas en forma girada, de tal manera que da la impresión de cientos de rombos cubriendo el enorme salón; donde las fiestas amenizadas con orquestas del tipo de las “grandes bandas” estadounidenses, hibridizadas por excelentes músicos locales, aún hoy quedan gratamente en mi memoria, además de un sin número de recuerdos de la infancia y pubertad. Los anchos vuelos de los vestidos de popelina y raso, moda de los años cincuenta, girando alrededor de la pista de baile; mujeres preciosas de amplios escotes, guiadas por hábiles galanes de diestras extremidades, al son del foxtrot, mambo y danzones, fueron muestra de la alegría con la que se disfrutaban las fiestas en aquel lugar, hasta altas horas de la madrugada y algunas otras veces hasta la salida del sol.

De pronto, me sorprendió el recuerdo de la fila de muchachos corriendo alrededor de la alberca, para que al final, uno a uno se zambullera como parte del juego. Qué agradable sensación de entrar en el agua de cabeza con los brazos en alto, y con el sólo impulso de la carrera y el salto, tratar de alcanzar la otra orilla, mientras con los ojos abiertos por debajo del agua, observar el fondo y las innumerables burbujas alrededor, hasta que, casi al terminarse el aire en los pulmones, salir a la superficie y encontrar aquella blanca y hermosa cara de ojos azules que siempre nos animaba y felicitaba a cada uno, de manera que nos hacía regresar al día siguiente. Todos los chicos de ese grupo, próximos a terminar el ciclo primario de educación, estábamos deslumbrados y enamorados de la preciosa mujer que en nuestro fuero interno deseábamos; aquella señora de cuerpo tan blanco como la leche y cabellos tan rubios como el sol.

Durante el recreo de la escuela, nuestra pandilla de muchachos, se apartaba de los demás y en un rincón del patio, detrás de las aulas y bajo el laurel de la india, mientras jugábamos al trompo, descubríamos con audacia e imaginación, las emociones y fantasías que a cada uno le despertaba la entrañable mujer, describiendo emocionados las partes de su cuerpo que más nos llamaban la atención.

Unos cuantos años atrás, al ritmo de la samba y de los bailes tropicales de moda, las comparsas del carnaval se desplazaban lentamente a lo largo del malecón del puerto. Los carros alegóricos de figuras de cartón y papel de china de todos los colores, las bandas de música, las bastoneras y miles y miles de personas en ambiente de alegría; disfraces, alcohol y baile, teniendo como fondo al abrigo del puerto, donde barcos trasatlánticos de pasajeros, carga y graneleros se unen al

acompañamiento de los sones, con sus silbatos alimentados por el vapor de sus calderas.

El sol de Febrero, mes en el cual al carnaval ese año le había tocado celebrarse, debido a la movilidad del miércoles de ceniza que marca el principio de la cuaresma, cae a plomo y calienta aún más el ambiente, al tener que saciar la sed al compás de la batucada, cuando el grueso del contingente rodea al gran faro para dirigirse rumbo a las playas. El carro de la reina y sus princesas, forrado de tela blanca y azul, con cascadas de tiras plateadas, y vivos de colores, sobresalía por su hechura y belleza de los demás, pero, más lucía por el *“lindo ramillete de lindas jovencitas”* que transportaba. No podían faltar los motivos marinos en él, con la gran concha de mar como trono real, donde la hermosa monarca de piel muy blanca, era la perla del carnaval, envidia de todas las muchachas del puerto, quién protegida y flanqueada por sus chambelanes, cadetes de la escuela Naval, de blancos uniformes y brillantes espadines, relucía por su exquisitez. Un alto y esbelto, pero fornido “guardia marina”, no se despegaba de su lado; aquél joven, de vez en cuando compartía e intercambiaba comentarios, rescatando su sonrisa, lo que demostraba que dicha compañía era de su gusto. Sí, de un agrado que venía desarrollándose desde el baile de coronación. Cuando se presentaron, el impacto mutuo que tuvieron, fue por todos, descubierto, de manera que durante el baile, en boca de los asistentes, se creó la gran pareja que formaban. Tal pareciera que flotaban sobre la pista, mientras el vuelo del blanco vestido real acariciaba la duela en cada vuelta. Sensibilidad que motivó al próximo ingeniero mecánico naval, declararle su admiración y el naciente amor que por ella sentía; propuesta que quedó en el aire... << ¿Por qué responder, si el mundo estaba a sus pies...? >> Pensó la hermosa joven. Ahora lo comprobaba, en el desfile de domingo de carnaval la totalidad de los cadetes eran de ella, están ahí para servirle y prácticamente todos los hombres del puerto darían la mitad de su vida por estar con ella. El puerto entero era de ella... En fin, el destino y los años por venir lo dirán.

Algún tiempo tuvo que pasar después de los inolvidables momentos vividos del carnaval. Las innumerables y largas travesías del ingeniero marino, por los diferentes mares y océanos del planeta, cuidando las modernas plantas motrices de los buques tanques trasatlánticos, parecieran que el olvido sería la estrella final del rumbo de aquél fortuito amor, pero..., el destino inequívoco, nuevamente los reunió, esta vez para siempre. Así, para mantenerse cercano al hogar, desembarcó definitivamente y se contrató en la compañía petrolera, como jefe de mantenimiento de maquinaria y equipos de perforación. Puesto importante, que le otorgaba una posición social y profesional entre los mejores de la región, aunque por motivos de la misma actividad, en períodos menores de tiempo, también tendría que alejarse en forma esporádica de casa, ya que temporalmente tendría que internarse en la selva, para supervisar a las cuadrillas de mecánicos e ingenieros, que mantienen funcionando las torres y rotarias que extraen de las entrañas del subsuelo el “oro negro” que mueve al mundo.

Las remembranzas de mi mente continuaban estrujándose. Las agradables tardes de piscina, dentro del agua, cuando se practicaba un juego que le llamamos “el arco submarino”, consistente en colocarse en fila, unos tras otros, con las piernas abiertas simulando arcos, por los cuales debería pasar a través de ellos, sumergido un nadador, hasta donde el sostenimiento de la respiración se lo permitiera. Era innegable, que al bracear como ranas por debajo del agua, por momentos se rozaran partes del cuerpo, las manos y piernas; y en otros casos, el que se encontraba parado formando el arco, ayudaba al sumergido a empujarlo hacia el fondo y adelante para que terminara de pasar. Dichos alcances, algunas veces eran bruscos o pequeños golpes, pero en otros, eran suaves y agradables, en especial, cuando el arco lo formaban las blancas piernas de la señora Desiré. De alguna manera, nos la ingeniábamos para tocarlas con la palma de la mano y admirar su anatomía con los ojos abiertos por debajo del agua. Manuel, al igual que todos, nunca se atrevió a preguntar a los demás, si alguna vez, esto sucedía a la inversa, cuando a ella le tocaba el turno de sumergirse.

En una ocasión el grupo de amigos y toda la clase fuimos castigados en la escuela por no cumplir con la disciplina. Manuel por alguna razón que no recuerdo, tuvo la suerte de no haber asistido ese día a la escuela, de manera que, al no estar castigado pudo disfrutar la piscina solo con la señora y sus hijos. Años después cuando habíamos crecido y nos encontrábamos cursando estudios a nivel universitario, en unas vacaciones en que coincidimos, una confidencia provocada por varios tarros de cerveza de barril, él me platicó lo que aconteció... como era su costumbre, la joven señora promovió los juegos y los acomodó para jugar a pasar los “arcos submarinos”. En un par de veces, los escarceos fueron directos a las partes íntimas de Manuel, por lo que la siguiente ocasión, cuando le tocó a él, con mucho temor los correspondió y al salir a la superficie, esperando recibir algún tipo de reprimenda, sólo escuchó su voz.

— Muy bien, repítelo...

Lo que absorto, volvió a intentar, pero en esta vez, se detuvo un instante para acomodarle a la señora, algunos vellitos que sobresalían de su traje de baño.

— Ahora vamos a jugar una carrerita hacia la orilla profunda de la alberca. Niños, quédense donde están — les ordenó Desiré —, y comenzaron a nadar en competencia con Manuel, tratando de ver quien llegaba primero.

Ya en lo profundo, mientras recuperaban el aliento, la mujer por debajo del agua alargó su brazo, atrajo al muchachito hacia ella y lo acarició. Instintivamente, Manuel la trató de imitar.

— ¡Niños vámonos, es hora de hacer las tareas escolares! — le gritó a sus hijos, mientras se salía de la piscina y se dirigía a tomar las toallas para secarlos, volteando la cara para mirarlo, le dijo a Manuel. — ¿Por qué no vienes a la casa y así también haces tú tarea?

— No sé si me dé permiso mi Mamá...

— No te preocupes, yo le voy a hablar... — Terminando de secarse, se encaminaron a los vestidores, donde tomó el teléfono y habló con la madre del muchacho.

— Hola amiga, ¿cómo te encuentras?... , qué bueno... Oye... ¿por qué no me dejas a Manuel un rato para que haga sus tareas de la escuela con mis hijos...? Ya vez que es un muy buen ejemplo para ellos, lo quieren mucho y trabajan más rápido..., les doy de cenar y te lo regreso... Ok, de acuerdo, yo personalmente lo encamino o lo acompaño a través del área verde de la villa hasta tu casa... No, no te preocupes.

Manuel, presintiendo lo que podría venir, diligentemente hizo sus deberes y ayudó a los niños a elaborar sus trabajos. Mientras la señora preparó la merienda. Cenaron y llevaron a los niños a la cama. Después de rezar “El angelito de la guarda mi dulce compañía...”, casi como arte de magia y por el cansancio de haber nadado, se durmieron.

Con la música del radio como fondo, Desiré tomó de la mano al chico y lo atrajo hacia ella y con voz suave le ordenó.

— Ven acá muchachón, te voy a enseñar a bailar.

Tímidamente Manuel se acercó y con cuidado colocó su cabeza a donde llegaba, quedando su barba a la altura del inicio del escote, lo que permitió observar el nacimiento de unos bellos y blancos pechos. Su agitada respiración, provocó en Desiré que se le erizara su piel.

— Manuel, ¿has hecho el amor con alguna mujer?

— No — contestó el chico quedamente.

— No te hagas..., bien sé que tú y tus amigos se van los sábados por la mañana a la zona roja del pueblo, a despertar a las muchachas y por unos cuantos pesos, se han iniciado en el amor.

— Bueno..., sólo un par de veces...

— Mira, te voy a enseñar lo que verdaderamente es bueno, lo que es un hermoso cuerpo y lo que en verdad es hacer el amor, con cariño y placer. — Fue entonces que, lo llevó a su recámara y con sutileza comenzó a desvestirlo, para que, entre prenda y prenda, le llevara la mano para hacer lo mismo con el vestido de ella.

Las temblorosas manos de Manuel, guiadas hábilmente y con ternura por la señora a todo lo largo de las blancas y suaves piernas, brazos, espalda, senos y vientre, fueron trasladando a Desiré a un punto cercano al máximo de excitación; mientras con dulces besos y suaves palabras, impartía la clase de amor al atribulado y extasiado alumno.

— Te he escogido a ti por ser el más formal, el más callado, el que más quiere a mis hijos. Nunca deberás de comentar esto o lo que más adelante hagamos. Te llevaré por caminos que la gran mayoría de hombres, nunca llegarán a conocer y mucho menos a transitar y..., muchísimo menos, con una mujer como yo, una Reyna del Carnaval. No sabes cuantos te envidiarán... ¡Así..., así!..., Amor...

Una suave brisa sobre la cara, me hizo regresar de los efectos que en ese momento sentía por el hecho de recordar. Por años tuve la envidia de no haber sido yo el escogido o haber tenido una maestra tan especial, sin embargo ahora, que los tiempos han pasado y que hasta la moralidad ha cambiado, no puedo dejar de pensar: ¿qué hubiera sucedido, bueno o malo, de haber podido empezar de esta manera tan tiernamente en el amor, aunque muy temprano; en lugar de ir descubriendo paulatinamente la vida, algunas veces bruscamente y con riesgos? Esa tarea, con un movimiento de cabeza, se la dejo a los psicólogos y, por lo pronto, con un dulce sabor de boca, me encamino relajado al bar del club, que aún está en servicio.

## **La Discoteca**

## La Discoteca

**C**ómo podría saber lo que sucedería, apenas acababa de llegar a ese lugar de tertulia y baile, conocido por el nombre de “Rob Julian’s” y saludado a los compañeros de trabajo que habían quedado de verse en ese sitio, cuando la observé sentada en el otro extremo del salón; acompañada por un muchacho de casi la misma edad, aproximadamente dieciocho años.

La luz estroboscópica centelleaba a una frecuencia tal, que permitía observar a los que bailaban en la oscuridad de la “luz negra”, típica de las discotecas, como si se movieran en “cámara lenta”, dentro de una atmósfera cargada de humo de cigarrillos y olor a ron; a pesar de encontrarse, las grandes ventanas que dan hacia la playa, totalmente abiertas. La ausencia de brisa le otorgaba una característica muy especial a esa noche, no sé porqué, pero presentía que el destino podría ofrecer una sorpresa. Me encontraba vacío de amor, de ilusiones, de retos; como algunas veces cualquiera se puede sentir, después de haber trabajado fuerte y prácticamente no alcanzar resultados, incluyendo a las relaciones sentimentales, que para entonces, sentía que no aportaban nada nuevo. Las mismas rutinas, los mismos problemas... Me sentía sin color y sin

brillo, en otras palabras, opaco de optimismo, únicamente esperando... nada de la vida.

— ¡Hola!, ¿qué pasó?, creímos que no ibas a venir, se te notaba a la distancia que hoy no querías divertirte. ¿Cómo fue que cambiaste de opinión? — Se escuchó decir por los integrantes de la mesa.

— De estar encerrado en mi cuarto sin hacer nada, mejor vine a distraerme un poco — comenté al acercarme acomodando una silla a la mesa, al tiempo que en la penumbra pude darme cuenta que ahí se encontraban tres parejas formando el grupo —. ¿Qué toman? — pregunté.

— Ron añejo San Miguel siete años. Si lo tomas con agua mineral, podrías jurar que estás tomando un whisky escocés, se parece al “Chivas Regal”.

— Está bien, lo beberé. — Alargando la mano, tomé la botella y serví una generosa porción en un vaso con hielo.

— Hummm mi amigo, sí que tienes mala suerte — comentó una de las chicas —. Eloisa se acaba de retirar. También pensó que no vendrías.

— ¡Oigan!, no *amarren navajas* y no se preocupen demasiado por mí, no ando en busca de un amor, sólo estoy perdiendo el tiempo — repliqué y sorbí un largo trago a la bebida. Es cierto, este licor tiene buen sabor —. Despatingado me arrellané en la silla, desde la cuál, tenía una vista casi completa de la discoteca.

Arriba de donde estábamos situados, se podía distinguir al “Disc jockey” en una vitrina alumbrada de tal manera que parecía un aparador, mejor dicho, un púlpito; lugar donde “como sacerdote de la música” dirige a sus fieles, en las danzas y bailes que los acercan a la diosa del amor, por medio de ritmos eróticos de lambada y salsa.

— Amigos, es para nosotros..., extranjeros en este país sudamericano, — platicaba Víctor — muy interesante observar como bailan las parejas; abrazados muy juntitos, pegados con fuerza a la cintura, moviéndose cadenciosamente de un lado al otro, movimiento ocasionado al colocar la mujer las puntas de sus pies abiertas, que es una forma de bailar diferente, a las mujeres latinoamericanas del norte, donde las parejas bailan algo más separados uno de la otra, aunque con pasos un poco más vivos, deslumbrantes y en ocasiones hasta acrobáticos. A pesar de ello, prefiero como lo hacen acá. Es mucho más sabroso — sonrió cínicamente.

— Otro día iremos a un lugar donde podrán ver a los negros, oriundos de estas costas; flacos, con casi dos metros de altura, bailando de esta misma manera pero el hombre con la mano izquierda levantada totalmente vertical, cargando la mano derecha de la compañera, y moviéndose con mayor naturalidad, al ritmo de la música. Fundidos en uno sólo, de manera que parece un sólo cuerpo — prometió Kira, joven morena de un cuerpo fenomenal, que tiempo después cuando regresamos nuevamente a este país, supimos que se encontraba en Europa, trabajando como modelo. Mientras tanto Víctor no le quitaba la vista de encima queriendo comérsela viva. Al final terminó bailando con ella.

Los movimientos de caderas y el estruendo de las melodías, me hicieron recordar la última vez que habíamos estado en esa “Disco”, algo menos de tres meses. Por cierto una preciosidad... todas sus paredes construidas a base de bambú, al igual

que los techos de “varias aguas”, mesas y sillas hechas también del mismo material. Situada junto a la playa, donde las olas rompen y casi alcanzan las columnas de madera empotradas en el farallón, que desde otro punto cercano de playa se ve brillar de múltiples colores, invadiendo el entorno con los acordes de esa cadenciosa, incitante y caliente música llamada tropical aunque nos encontremos cerca del ecuador. Pero, en esta ocasión..., yo no sabía lo que me aguardaba la vida...

Al igual que como me sentía desde hace tiempo, yo no estaba en busca de un amor, por lo que, me tomé el trago y a punto de irme, la divisé nuevamente al otro lado de la pista, lucía como princesa de un cuento de hadas. Con una piel morena clara, delgada, de ojos color “miel”, un vestido de percal blanco a la rodilla y escote cuadrado; con aplicaciones bordadas y deshiladas, de amplio vuelo ayudado por crinolinas, lo que me recordó a la María de la película “Amor sin Barreras” de los años cincuenta. Instintivamente volví a sentarme a la mesa... Definitivamente no tenía idea de lo que me aguardaba. La joven bailaba salsa de la forma normal en estas tierras, pero su pecho y cabeza se encontraban alejadas de su pareja, su mirada perdida en la inmensidad de la discoteca, giraba y movía los pies ágilmente al ritmo del compañero, la mano izquierda hacia adentro sobre el brazo derecho del muchacho y su brazo derecho displicentemente lo dejaba caer sobre el vuelo de su vestido. Me asombró la manera extraña que tenía su mirada y el blanco de sus ropajes, así... a una diosa me imaginé. Ya no estaba en mí, sólo observé extasiado aquellas zapatillas de tacón alto y esbeltas piernas que al ritmo de la música no dejaba de admirar. Mecánicamente me serví otra copa y pregunté:

— ¿Por qué baila así? ¿Por qué no lo abraza?

— Lo está despreciando — comentó Karen, hermana menor de Kira —, no lo toma en serio, a lo mejor es una compañía de compromiso.

— ¿Y él por qué insiste en tomarla por el talle, tan cerca los dos?

— Acá es normal bailar así. Él está haciendo su lucha de enamorarla, pero se puede observar a todas luces que no existe química.

— Está hermosa, quisiera invitarle una copa. Hablarle, conocerla... Pero creo que no es el momento, sería impertinente. ¿Podré esperar a que la vida me dé otra oportunidad?, pienso que no podré olvidarla. Si yo no buscaba un amor, ¿ahora que podrá depararme la vida? Preséntemela, por favor, — imploré.

— No la conocemos, la hemos visto por la ciudad; aparentemente tiene poco de haber llegado. Posiblemente vive en el barrio de los comerciantes, pero viene con regularidad a las “discos” — contestó Karen.

Se dirigió a la salida y apresuradamente me levanté y caminé para colocarme en el pasillo, de manera que tuviera que pasar junto a mí. La vieja táctica del estorbo.

— Con su permiso — escuché decir.

— Adelante, buenas noches — contesté y haciéndome a un lado le dejé el paso libre, de tal forma que no pareciera atrevido. Pude aspirar el suave aroma de su perfume caro al pasar junto a mí y la observé alejarse con paso firme y rápido, lo cual hizo de manera elegante. << Es muy bonita >> pensé rumiando la mente.

Esa noche, mi sueño fue intranquilo y durante la semana, recordé su imagen en varios momentos, sin embargo, el tiempo pasó y no supe más de ella. De vez en cuando mi corazón se estrujaba y sentía algo de nostalgia por esa hermosa mujer, pero, no dejaba de añorar el poder encontrarla pronto en otra ocasión, donde fuera. La próxima vez, estoy seguro de no dejar escapar el momento, aunque no me la presenten, buscaría la manera de lograr mi presencia ante ella, forzaría un poco la situación, ya basta de dejar todo a la veleidad de la vida, me recriminé.

No sé qué ocurrió, pero al paso del calendario, en un viaje a Quito, la hermosa capital andina, la melancolía de la tarde al caminar por el frondoso bosque del parque que se encuentra frente al Congreso, rumbo al Hotel Colón, unos preciosos cuadros de paisajes en azul, me recordaron aquél momento vivido en la “Rob Julian’s”. << ¿Qué habrá sido de esa mujer...? >> el pensamiento me lo echó en cara.

La noche aburrida de un sin amor, la soledad de la suite, la vista del parque de grandes árboles alumbrados de forma tenue por las luminarias, el hastío de siempre y los mismos programas en la televisión me presionaban. Sobre la mesa se encontraba un tríptico de propaganda del hotel, pude observar las fotografías de la gente que se divierte en la ruleta del Casino situado en el sótano del mismo, las que me motivaron a tomar la decisión de bajar, aunque fuera sólo por un rato. La regadera y el arreglo personal, únicamente sirvió como un espacio para consumir el tiempo. Los movimientos siempre mecánicos, me permitieron cumplir con la etiqueta del vestir para estos lugares, nunca me di cuenta de mi aspecto, hasta que entré en el elevador y observé mi imagen reflejada en el gran espejo de su interior. Estaba elegante, como un gran señor. Trataría de jugar en algunas de las mesas de apuesta durante un rato, para luego cenar en el gran salón y retirarme a descansar. No esperaba al amor, no esperaba la emoción, sólo quería dejar consumir las horas.

Entre mucha gente, me senté en una mesa de “Black Jack” y sin pensar comencé a jugar, no atendí debidamente al juego de azar, sólo miraba a la gente y a las mesas alrededor, sin fijar la vista en algún lugar en especial, simplemente de reojo seguía la partida de la mesa donde me encontraba. Había colocado la apuesta y gané. Al no tener gusto por lo que estaba haciendo, allí dejé la apuesta con lo obtenido. Nuevamente recibí cartas y volví a ganar. Al no retirar las fichas, poco a poco en cada mano al seguir ganando, ésta se fue incrementando. Las fichas cambiaron de color y nunca realmente me percaté del monto que había acumulado, hasta que, un coordinador del Casino llegó a decirme un poco alarmado, que la apuesta sobrepasaba el máximo permitido. En ese momento, de improviso, detrás de mí, llegó el aroma de un perfume francés. ¡Me pareció reconocerlo! ¡Sí, en la “Disco”, *la princesa de blanco...!* Sentí la cercanía de su cuerpo e instintivamente giré la cabeza a un lado para observarla mejor. ¡Era ella...! Me sonrió y continuó su camino a la ruleta...

— ¿Cuánto va a apostar? — Escuché decir apremiante al *croupier*.

— Quite lo que sobra, que quede lo máximo y adelante — contesté sin prestarle atención, mientras terminaba de observar el suave caminar de la mujer. Fue entonces cuando las cartas pedidas cayeron sobre la franela verde.

— ¡Black Jack! — Gritó el *tallador* — ¡El pago es doble!

Alrededor de la mesa se escucharon comentarios de admiración y sin denotar admiración o gusto y sin mirar a la gente tomé las fichas, eran casi cinco mil dólares. Dejé unas cuantas al *tallador* de la mesa y busqué acercarme a la ruleta. Allí estaba sentada, con su fino vestido de licra color rojo a la mitad del muslo de la pierna y el amplio escote redondo que enmarca a una solitaria perla. Tímidamente colocó un par de fichas en la *banda* de color negro y esperó la carrera de la bolita, a contra ruta del girar de la rueda, hasta que dando un pequeño salto, quedó atrapada en el lugar de un número rojo. Con tristeza la mujer observó como un rastrillo se llevaba el dinero. Suspiró profundo y tomando las dos fichas que le restaban, las empujó con sus finos dedos hasta la casilla del número veintitrés. Esperó así un instante sin dejar de tocarlas, como queriendo transmitir vibraciones ganadoras. Al mismo tiempo, sus ojos observaron mi mano colocar otras dos fichas junto a las de ella. Sin inmutarse levantó su mirada y me sonrió con naturalidad, dejando mostrar unos hermosos y bien delineados dientes muy blancos.

— Buena suerte — le dije, lo que contestó tomando suavemente mis dedos con un ligero apretón, como si juntos agarrados de la mano se pudiera encontrarla.

La bolita nuevamente corrió y mi mente, extasiada por el momento, deseó que nunca detuviera la marcha. Su mano suave tomando la mía, el vibrar de la emoción y el agradable aroma del perfume, provocaron que mi cuerpo temblara. No sé qué me pasaba. Yo no buscaba el amor, pero, no sé qué me esperaba... Por fin la canica detuvo su carrera. El número fue otro diferente al que apostamos... Perdimos. Volteó a verme, cogió su bolso rojo de chaquira y se levantó. Caballerosamente le hice a un lado la silla y la acompañe a la barra del bar, donde con timidez me aceptó una copa.

— Lo siento, no tuvimos suerte — comenté —, a lo mejor si lo intentamos en otra mesa... ¡Oye!, a propósito ¡Yo te conozco!, hace poco en la Disco del puerto, ¿no es así? — fue entonces cuando se inició una amena charla.

Aquella hermosa chica, cada vez desde entonces atrapó más mi admiración. Me asombraba su sonreír y sus agradables comentarios. La cena en su compañía pareció ser lo único real ahí en el salón, la demás gente desapareció para mí ya no existían..., sus ojos me tenían cautivado, la sonrisa y que decir de sus labios, humedecidos por el vino blanco permitieron el roce de los míos. Percibí como las burbujas de mi estómago subieron al corazón y de éste, a las sienes. Pareciera que estaba en ebullición total y lo peor del caso es que no podía evitarlo. La invité a bailar, sentí su cuerpo, el temple de su juventud, las piernas y pechos. Entonces, ya tan cerca, en su cuello pude de mejor manera, aspirar aquel aroma... perfume de mujer elegante. No había duda, irremediamente me estaba enamorando.

No sé explicar que estaba sucediendo, mi cuerpo estaba en llamas, el fuego de la pasión me consumía todo, desde la cabeza hasta los pies y mientras más corría el tiempo, más seguro estaba que la deseaba. La llevé por toda la pista, la subí al cielo y en la madrugada, el siseo de su aliento y un:

— Amor me robaste el corazón, — desde lo más profundo de su alma, me indicaron su satisfacción. No sé si estaba dormido o despierto, pero en lo que quedó de la madrugada, tejí el resto de mi vida. Me observé en la diversión de las discotecas bailando con ella durante todas las noches, en las fiestas familiares; también a su lado en el altar de una iglesia, vestida de blanco; en la playa durante la luna de miel; en la casa con un bebé y en la vida cotidiana escuchándola decirme: “tesoro, mi amor, yo también te amo, te adoro”... La felicidad en mí estaba hecha, era la mujer de mis sueños... Así mismo cuando despertara se lo pediría, no había que esperar más, estaba loco, perdidamente enamorado de ella, ya nada me importaba, sólo tenía que esperar a que el sol saliera y que su bella cara en la almohada junto a la mía, regresara a la vida, abriendo los ojos y aún somnolienta me dijera: “Hola amor, buenos días cariño” de tal forma, que seguro estoy que la terminaría de despertar con besos en las mejillas, párpados, oídos y boca; para que, con voz susurrante, pedirle vivir juntos por siempre... Me vi velando su sueño y acariciando con la mirada sus pantorrillas y muslos que se escapaban de la protección de la sábana.

Así, con esa dulce imagen y tan agradable sabor de boca, por un instante cerré los ojos y posiblemente dormité por un momento. El hecho fue, cuando súbitamente regresé a mí, ya no se encontraba en la cama. La llamé y busqué por la suite sin encontrarla. << ¿Dónde estará? >> pensé.

Al acercarme a la ventana con el fin de que el bosque del parque me ayudara a localizarla, miré hacia afuera y la pude observar a lo lejos caminando con paso apurado. Aquel vestido rojo subiendo a un auto, me dijo que se fue... y mis sueños con él. Entonces el silencio del cuarto, el rumor del despertar del parque, la tristeza del abandono y el no saber dónde podré nuevamente encontrarla, me abrumó. Era cierto, no hubiera podido saber lo que esa noche el destino me deparaba. Yo no buscaba el amor, pero lo tuve en mis manos y como un fantasma quimérico se deslizó entre los dedos con rumbo desconocido. No sé si la volveré a ver, dónde ni cuándo, sólo me queda en la mente, el recuerdo y... el aroma del fino perfume francés.

# La mano

## La mano

Recordaba apenas a la mujer, pero sus palabras dichas en una sesión literaria de la comunidad, calaron muy hondo en mí, tanto que no pude apartarlas de mi mente por un largo rato, y se repitieron nuevamente cuando llegué a la estación: *“Tu mano en mi espalda. Ahí se posa, ahí se anida. Toca quedamente mi espalda y el tiempo se detiene, se acumula, se aglutina. No se mueve, vaporiza. Siento cada uno de sus dedos y el palpitar de tu corazón se acompasa con el mío”*. El ambiente húmedo y “neblumoso” previo al amanecer, realzaron mi imaginación y fundieron la figura de la joven que tanto amo, con las frases literarias ya re-escuchadas, de manera que en muy poco tiempo, pensé que ya eran mías. Así, como trama que se entreteje, también apareció de improviso la frase del compositor Pablo Milanés: *“Tu mano, tu mano, eternamente tu mano..., tú me desnudas con siete razones...”* y la de Chabuca Granda *“siento tu mano fría, correr despacio sobre mi piel, tu pecho en mi pecho, tu desnudez...”*, y vivo nuevamente los minutos que pasé con ella, mientras mi vista recorre los rieles y casi uno a uno, cuento los durmientes a la lejanía, entre la bruma y los vapores escapados de la máquina del tren de pasajeros y los verdes pinos flanqueados como soldados en el derecho de vía; los que se van uniendo en un abrazo, al final en el horizonte.

La espalda mojada aún por el agua del riachuelo que corre por el espeso bosque de coníferas, humedad dispersa en pequeñísimas gotas de rocío que son atrapadas por los minúsculos vellos erizados de cada poro y por el fresco matutino, los cuales se rizan al pasar suavemente la palma de la mano y dejan la huella sonrosada en su camino hacia los hombros. Ella, al sentir la mano, levanta sus brazos y deja caer la toalla ofreciendo así, sus torneados y firmes pechos a la caricia, que de igual manera son erizados, por un salpullido de excitación al contacto con la palma. Al bajar sus brazos lentamente, acarician mis cabellos, se abrazan cálidamente del cuello, y al levantar su cara, me ofrece sus labios en un dulce y tibio beso.

Despacio, golpe a golpe de vapor, la negra máquina con sus domos y tubería, pesadamente se acerca al andén. El lento bracear de la flecha del pistón mueve las ruedas. Pareciera que en algún momento se fuera a detener, no obstante del gran esfuerzo que hace para mover los vagones de pasajeros. Por momentos, las ruedas de acero patinan sobre los rieles, a pesar de la arena que se le adiciona. El vapor se escapa en cada movimiento del pistón, y al pasar frente a mí, me rodea, envolviéndome como fantasma fugaz que al tratarlo de detener se escapa de mis manos. Visión quimérica, al igual que el amor, que no puedo someter.

La levanté en brazos, como se toma a un bebé y se acurrucó sin soltarse de mi cuello, que a manera de soporte sirvió para apretarse aún más contra mi pecho. La acomodé tiernamente sobre la verde alfombra del césped. La pasión apareció sin pensar. Aún no se levantaba franco el sol. El trino de los pájaros y el ulular del suave viento generado por las ramillas de los pinares, fueron música acompañante del acto de amor de dos enamorados.

— No me abandones tanto tiempo, ya sé que no puedes estar disponible siempre para mí, pero por favor, no lo dejes espaciar demasiado.

— Amor, tú sabes que no puedo tanto como quisiera, tengo que irme, me espera un largo viaje de negocios que no puedo perder, me costaría mucho..., pero te extrañaré. Te juro que no quiero irme. Cada vez es más difícil separarme de ti. Qué puedo hacer, son las reglas que fijamos, te amo.

El vagón se detuvo finalmente y como consecuencia la escalera quedó enfrente de mí. Pasó el tiempo y no me moví. La gente subía y bajaba rodeando mi humanidad que pareciera fuera de lugar o un poste de alumbrado de fundición con sus arbotantes. Mi mente giraba y giraba, de su piel a la estación, de ésta al sitio donde iba a ir y de nuevo a ella, << ¿qué hago?, ¿qué decido?, ¿por qué...?>>

Muy lentamente el tren comenzó a desplazarse, las ruedas iniciaron su girar pesadamente y el vapor a exhalar, al tiempo que el silbato del tren sonaba tres veces y el garrotero movía su lámpara hacia adelante. Las ventanas comenzaron a pasar. Una tras otra, las letras del nombre de la línea de ferrocarril también desfilaron enfrente a sus ojos, y así, sucesivamente tomaron velocidad..., hasta ver el farol rojo perderse en la lejanía.

Hablando de Mujeres y de Amor  
De Edgardo Argáez Valencia  
Se terminó de imprimir  
El mes de agosto de año 2001  
En los talleres de:  
Impresos Gráficos Trejo  
León, Guanajuato.

Coordinación editorial  
Jorge Trejo Solorio  
Luna No. 230 El Retiro  
37220 León, Gto. México

500 ejemplares